



EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 26 Febrero 1914.-Número 6.

BOGOTÁ
Rivadavia, 1.000
BUENOS AIRES

En un asilo religioso de Buenos Aires Niña de siete años violada

CONTINUACION)

La Vanguardia del día 16:

LA INDIGNACIÓN PÚBLICA ANTE EL CRIMEN

Sin perjuicio de volver sobre el asunto apenas dispongamos de nuevos datos, cerramos hoy nuestra campaña—la que merece, sin embargo, un epílogo aparte—acerca del repugnante crimen.

Frente a la indiferencia de casi todos los diarios, que importa una protección más o menos desembozada del presunto criminal y de sus cómplices o encubridores, se ha destacado nuestra actitud franca y enérgica.

El crimen que nos ocupa es más grave, por la edad de la víctima, la categoría del presunto delincuente y el lugar del hecho, que muchos crímenes vulgares cuya crónica diaria llena columnas y columnas de los grandes rotativos. Sin embargo, no ha merecido ni una línea de esos defensores de la moral y de la familia.

Esta circunstancia ha dado más relieve a nuestra campaña, provocando una especie de plebiscito expresado por las numerosas cartas que a diario recibimos.

Damos a continuación el extracto de las que nos parecen más interesantes:

«El subcomité socialista de Villa O'rera (Lanús), reunido en asamblea, resuelve protestar enérgicamente contra los criminales que realizaron el cobarde atentado en el asilo del Sagrado Corazón de Jesús, é invita a los abogados del Partido a asumir la presentación de la víctima hasta conseguir el castigo a que se hacen acreedores el criminal y sus cómplices. Al mismo tiempo estimula a las personas sensatas a seguir la propaganda contra el clericalismo imperante.»

El ciudadano Anatole France nos envía la copia de una carta dirigida a «los colosos de la prensa». Hela aquí:

«Señor director: Los diarios que hablan a cada instante de «moralidad pública», ¿cómo pueden conservar un silencio absoluto sobre crímenes inauditos, por la sola razón de que son cometidos por ton-surados?»

Los diarios que reflejan la opinión pública, los diarios que se dicen independientes y que pretenden interpretar los

intereses de la sociedad, ¿cómo se prestan a proteger a criminales que en la complicidad de ciertas casas cerradas que se llaman, por ejemplo, «Asilo del Buen Pastor», «Asilo del Sagrado Corazón de Jesús», etc., etc., han cometido crímenes que provocan la indignación de la gente honesta?

¿A qué responde este silencio protector y cómplice? ¿Por qué vosotros, moralistas «ad usum delphini», no eleváis la voz para exigir que la justicia cumpla su deber clausurando casas «non sanctas» como la de la calle Defensa 585, donde se violan criaturas de siete años?

El tartufismo de los grandes diarios en esta república democrática (!!) llega hasta el proxenetismo: ellos se hacen cómplices del crimen para no herir la ceguera de las damas que encuentran en esos confesores sádicos la satisfacción de su histérica religiosidad.

¡Pobre misión del periodismo, falseada al punto de querer anular el código penal en favor de esos tristes individuos que por una atávica aberración dominan todavía sobre el débil espíritu de las ociosas femilidades de salón!»

El ciudadano Guillermo Rolandi recuerda que en el asilo de la «Virgen Consolada», en Milán, se descubrió hace pocos años en las niñas lo que conviene callar, y el culpable, el cura D. Riva, fué condenado a 16 años de reclusión. En nombre de Dios decía que era casto, y estaba lleno de podredumbre.

«A estas horas serán pocas las personas a cuyo conocimiento no hayan llegado las noticias de ese bárbaro crimen, de ese atentado brutal y cobarde cometido al amparo de la religión, entre las sombrías y tétricas paredes de uno de esos antros que se disimulan con nombres pomposos, y que, por desgracia para el país, crecen como los hongos amparados por las leyes y alimentados con dineros del presupuesto, sacado al pueblo en forma de contribuciones de todo género.

Recorrí en vano las columnas de los grandes diarios para ver una sola palabra alusiva a ese salvajismo clerical. A no ser por *La Vanguardia*, que rompió con valentía admirable ese silencio de tumba, ese silencio interesado, nada se

habría sabido de ese crimen de lesa humanidad, perpetrado con el antifaz maldito de una religión caduca y en nombre de un dios de amor.

Contrasta este silencio de la prensa con la publicidad dada a hechos idénticos, pero que no fueron cometidos por frailes, sino por degenerados, como Tenaglia y como Codino.

La prensa argentina, pues, que toca la trompeta de los grandes progresos morales de la nación, debe señalar, si no quiere hacerse cómplice con el hampa conventual, a la vindicta pública esa infamia cometida en un colegio que lleva el nombre de «Sagrado Corazón de Jesús»!

Un crimen igual fué cometido, hace ya unos dos años, en un colegio similar; «Dulce Nombre de Jesús»; el certificado de la enfermita, de 6 años, fué expedido por la doctora Julieta Lanteri.

¿Todavía mandaréis, madres obreras, vuestras hijitas a esos colegios?—*Ventura Pomares.*»

«Creo que la mejor protesta contra el crimen sería celebrar un mitin invitando a todas las personas sensatas, ligas del librepensamiento, etc., y dirigiéndonos a todos los diarios que lo ocultaron, para pedir una vez más la supresión del presupuesto del culto, pues es vergonzoso para la República Argentina, país que siempre habla de libertad y democracia, pagar a esa langosta negra, que hace más daño que la que destruye los sembrados.—*José A. Franco.*»

«Un crimen, cometido en la persona de cualquiera, da lugar a que surjan protestas de todos los ámbitos adonde llegue su relato. Y si el crimen está revestido de premeditación escandalosa, como el que nos ocupa, con más razón se desprende de los corazones humanos el grito de dolor y el clamor por la justicia.

La civil acción, peculiar del que la ha ejecutado, es degradante para la cultura de nuestro país, y viene a fortificar una convicción muy arraigada en la mayoría del pueblo: de que el clero debe ser extirpado de raíz para bien de la humanidad y de la patria.

«Ciudadano director: Recordará que á raíz de un caso «patológico» ocurrido en un barrio de Barracas hace pocos años á un matrimonio recién casado, en aquel entonces la prensa en general y especialmente «La Nación», publicaban extensos artículos divulgando la ¡tremenda! noticia; no obstante tratarse de un caso privado, que sólo podía interesarle á la ciencia, para lo cual tiene sus revistas respectivas. Traigo este recuerdo, que contrasta, por cierto, con la actitud asumida por la prensa sobre el salvaje atentado de que fué víctima una tierna criatura en un colegio católico.

Claro está, ciudadano director que entonces se trataba de denigrar á una familia, y hoy se trata de ocultar uno de los atentados más salvajes é indignos de la civilización. ¡Oh, escritores que habéis ido al cadalso, al destierro y al presidio por defender la verdad y la justicia! Sois muy pequeña cosa comparados con estos periodistas de alma metalizada, esclavos de la cifra.

Cacareando una moralidad y una seriedad que no le va en zaga á la que disfruta la impúdica ramera, continuarán sirviendo de tapaderas á la podredumbre que se anida en asilos y conventos.

Pero ustedes que no venden su pluma, que escriben en aras de la justicia y de ideales superiores, sigan en la noble campaña, que á su lado estarán siempre los hombres honrados, todos los que creen de más alto valor la dignidad que el dinero.

Un apretón de manos para usted y toda la redacción.—P. Hernández.»

La Vanguardia del 17 de Enero:

Los colegios y asilos religiosos, centros de corrupción.—Niños violados é infectados.—La doctora Lanteri nos recuerda varios casos en que ha actuado como médica.—¿Cuántos permanecerán ocultos?

Nuestra campaña sobre el crimen perpetrado en el colegio asilo del Sagrado Corazón de Jesús ha provocado un movimiento de protesta tan legítimo como saludable. Continúan llegando á nuestra mesa de redacción las cartas de ciudadanos y agrupaciones que expresan su horror por el crimen y su ardiente deseo de que se haga justicia.

Convencidos de que hacemos una obra de saneamiento, propiciaremos las iniciativas más prácticas que se nos sugieren para combatir el flagelo de los asilos y colegios religiosos.

Será conveniente, á nuestro juicio, expresar en un mitin público la protesta popular contra la impunidad que cubre los crímenes de la casta clerical, y reclamando la supresión de los subsidios oficiales á los establecimientos religiosos—colegios ó asilos—y la severa y constante inspección de ellos.

Entre las comunicaciones que hemos recibido últimamente, se cuenta una extensa información de la doctora Julieta

Lanteri, que revela la extensión del mal que nos ocupa.

Como médica, la doctora Lanteri ha tenido oportunidad de intervenir en varios casos de violación y corrupción de niñas en asilos religiosos.

Se comprende que esos casos no representan sino una mínima parte de los escándalos que debe disimular el pudor, la ignorancia ó la cobardía de muchas familias.

He aquí, en toda su repugnancia, la relación que nos presenta la doctora Lanteri:

VERGUENZAS Y CRÍMENES

EN LOS ASILOS RELIGIOSOS

Caso primero.—Colegio de las Franciscanas del Corazón de María, Guise, 349. Impusieron tantos trabajos á la niña Vicenta Alfonsín, Santiago del Estero 1036, que la familia la retiró tísica. Los diarios se ocuparon del asunto.

Caso segundo.—Mayo 1.º de 1909.—La niña Estela, hija de Manuel L. Gorgi, Méjico 1651, fué violada.

Caso tercero.—Agosto 1.º de 1909.—Asilo de monjas del Dulce Nombre de Jesús, Defensa 793.

La niña de siete años Lidia Roig fué quemada en la región glútea, sentándola en un servicio con agua hirviendo, como castigo porque la niña se orinaba en la cama. Dicha niña es hija de una mucama, que en esa época se encontraba al servicio del doctor Quirno Costa, calle Santa Fe (actualmente Ministerio de la Guerra). La madre dió todos los datos á la doctora Lanteri de Renshaw, quien visitó á la niña en el hospital de Niños, donde se encontraba para su curación. La niña permaneció siete días quemada en el colegio, sin que nadie se diese por aludido y sin curación ninguna. Las hermanas no querían contarle lo sucedido á la madre; y cuando la quemadura, que tenía una superficie circular de unos ocho centímetros de diámetro, se hubo echado á perder y cubierto de una espesa capa de pus verdoso, mandaron buscar á la madre para que se llevase su hija, que tenía llagas y podía infectar á las demás alumnas.

Pretextaron que no habían visto antes las llagas, porque estaba vedado á sus ojos de hermanas de caridad mirar esa región de las niñas. Una alumna levantó, á pedido de una hermana, un poco el vestido y vió. Pasó la niña siete días de crueles sufrimientos sin que nadie se ocupase de ella, obligada á seguir la vida de cada día, á sentarse y acostarse. Siguió así hasta el séptimo, en que cayó desmayada.

La niña contó todo á su madre, y ésta la llevó á casa de sus patrones. El doctor Z., médico de la familia, se negó á certificar el hecho.

Caso cuarto.—Octubre 9 de 1909.—Colegio Dulce Nombre de Jesús. La niña de seis años de edad M. del R., hija de J. V., del pueblo de Lynch.

Certificado expedido por la doctora Julieta Lanteri: «Señor secretario del co-

mité de la Liga Nacional del Libre pensamiento: Conforme á su pedido y al del señor Servando J. Petrel, director del periódico *Luz*, de San Martín, he examinado á la niña de seis años de edad M. del R. V., que habita con su padre en el pueblito de Lynch. El resultado de mi examen me permite decir á ustedes que dicha niña está afectada de un chancro sífilítico, localizado en los grandes labios de la vulva, con ganglios infartados en las ingles. El estado de la niña es de gran abatimiento. Creyendo dejar cumplida la misión que me fué encomendada, saludo á usted atentamente.—Julieta Lanteri; Suipacha número 782».

Hija de padre viudo, la niña ingresó al colegio con tres hermanitos más. El padre se fué á Bahía Blanca, en su negocio de vendedor ambulante de tabacos. A los pocos meses de haber puesto á sus hijos en el colegio, pagando por ellos una pensión, y encontrándose en dicha ciudad, fué presa en un momento dado de una profunda inquietud, y se vino inmediatamente á Buenos Aires, á visitar á sus niños, temiendo por su salud. Los encontró flacos y con piojos, y llorosos. La niña M. del R., en seguida que vió á su padre se levantó la pollerita, indicándole que tenía una enfermedad en esa región. El padre la miró y vió la llaga grande y tumefacta; la tomó en brazos y en un llanto desesperado, adivinando la verdad, preguntó qué habían hecho de su hijita, satisfacción que no le fué dada. Salió á la calle y llevó la niña á una comisaría sin lograr que se le atendiera. Aconsejado por alguien, presentó la niña al juez doctor Constanzo. El asunto quedó sin solución... Pocos días después, el mismo padre solicitaba el auxilio de algunas personas, y el director del periódico *Luz*, de San Martín, comunicó el hecho á la Liga del Libre pensamiento, la que pidió á la doctora Julieta Lanteri verificase lo que había de cierto en las denuncias hechas. Con anuencia del padre, y en su presencia y la de muchos vecinos del pueblo, la doctora examinó á la enferma, y expidió el certificado que va más arriba.

La niña estaba sumamente abatida y llena de vergüenza. Suavemente interrogada por la médica, y en un sentido y breve diálogo, le refirió lo siguiente: «Una hermana me llevaba á los altos de la casa y me dejaba sola con una persona vestida de negro, que se acostaba encima de mí y me hacía daño con un palo...» ¿Cuántas veces sucedió eso?—Muchas... Muchas...» La niña en su inocencia tenía la intuición de algo profundamente impúdico, y estaba tan avergonzada que no era posible mirarle la cara, que tapaba constantemente con su brazo. Se negaba á dar mayores detalles y rompía á llorar desconsoladamente.

Si el padre de esta niña no hubiese llegado con tiempo, el chancro habría cicatrizado, y quién sabe cuando alguien lo hubiera sabido; mas el alma de la pobre criatura estaba avergonzada é intranquila para toda su vida.

¿Cuántas niñas no habrá en esas condiciones?... Cuando eso se hace con las niñas, ¿que no se habrá hecho con las mujeres que habitan esa casa?

El año pasado, la doctora Lanteri Renshaw tuvo ocasión de ver á la madrastra de dicha niña, en el mismo pueblo de Lynch, quien le refirió que la tuvieron en cura durante dos años, con el cuerpo cubierto de pápulas.

Casos aislados—Una niña examinada en el consultorio de la doctora Lanteri Renshaw, con blenorragia adquirida en un pensionario religioso

En el número próximo, si no vienen nuevos datos acerca del monstruoso crimen, emitiré el juicio que merecen los de la misma índole que con tanta frecuencia cometen las gentes religiosas, en el Nuevo Mundo como en el Viejo; igual que los cometerían en cincuenta Mundos que se inventaran.

Porque no radica el mal en el individuo, sino en la institución.

D. Antonio Catena

Como hombre, fué bueno.

Como amigo, leal.

Como político, sacrificó tranquilidad y fortuna por el triunfo de la República.

Fundó un periódico por el que desfilaron casi todos los escritores de valía y en el que mantuvo vivo el fuego del ideal.

Secundó todas las iniciativas grandes y generosas, cuando no las tomó.

Teniendo condiciones de inteligencia sobradas para ocupar altos puestos en el partido, no fué nada.

Sufrió desengaños, devoró ingratitudes y no desmayó ni dudó.

Y en el primer aniversario de su muerte ocurrida el 19 de Febrero de 1913, la prensa, aun la contraria á su política, ha hecho justicia al hombre y á su obra.

Enorgullecáncase sus hijos de haber tenido tal padre, como los republicanos nos enorgullecemos de haber tenido tal correligionario.

JOSE NAKENS

Desde el tendido

Se me interroga por algunos amigos acerca del absoluto silencio que guardo en lo referente á la unión de los republicanos y á las elecciones, y voy á contestarles.

Respecto á la primera, que habiendo entrado ya en acción los que se creen llamados á pactarla, no quiero, si por acaso no se hiciera, que se atribuyese mañana el fracaso á lo que yo dijese hoy.

Y tocante á las segundas, que siendo, ó debiendo ser, función exclusiva de los distritos elegir su candidato, no debo inmiscuirme en lo que no me incumbe.

Lo que yo opino en ambas cuestiones, deben saberlo de memoria todos, por las veces que lo he repetido; quienes lo ig-

noren, será porque no hayan querido enterarse.

El plazo para resolver las dos cuestiones es muy corto, y cuanto yo pudiese decir en pro de esta ó aquella solución, de estos ó aquellos candidatos, no variaría los propósitos preconcebidos, ni torcería las voluntades á fines personales encaminadas. Callo, pues, y aguardo á que pasen las elecciones y á que se haga la unión, bien para aplaudir hasta rabiarse, bien para lo contrario. Claro es que si la unión tardara mucho en pactarse, intervendría antes.

Hasta tanto me propino una emoción parecida á la que debe experimentar el viejo matador de toros que, por primera vez desde que tomó la alternativa, presencia una corrida desde el tendido. ¡Con qué entusiasmo aplaudirá á los que ejecuten limpiamente la suerte que él tuvo siempre por la mejor!

Vea yo ahora á los republicanos llegar á la unión por el camino de la sinceridad y el desinterés, y elegir representantes que por su lealtad, su inteligencia y su decisión les garanticen que secundarán en todos los terrenos las aspiraciones del partido, y jubilaré para la política con todos los honores y preeminencias que merece, esta pluma que durante tantos años esgrimí contra los que esas aspiraciones contrariaron, cuando no las burlaron, cuando no las vendieron.

“Hojitas piadosas”

A menudo se me piden algunas, y como se han acabado, no puedo servir las. Lo digo á todos, para ahorrarme el contestar particularmente á cada petionario.

Y ya que hablo de ellas, aprovecho la ocasión para declarar algo que he callado hasta ahora: las *Hojitas*, quitando dos, no las escribí yo: las escribió Pey Ordeix.

¿Que por qué no lo dije inmediatamente que comenzaron los clericales á tronar airados contra las que llamaban *Hojitas de Nakens*?

Por la razón sencillísima de que las denunciaron y creí que no debía declarar el nombre del autor para librarme yo de los procesos.

Hoy que ya no quedan, y que merced al indulto que dió á la prensa el gobierno liberal, la responsabilidad ha desaparecido por completo, cumplo con el deber de declararlo.

Claro que esta declaración no pillaré de sorpresa á la mayoría de los que leyeron las *Hojitas*; harto saben todos que yo no tengo gran competencia para tratar por lo alto ciertas cuestiones eclesiásticas.

Pero así y todo he querido hacerla, para evitarme en adelante la molestia que experimentaba cada vez que leía en un periódico: «*Las hojitas de Nakens*».

Si no hubieran sido tan celebradas, por lo bien hechas que estaban, acaso nada dijese yo ahora; pero después del ruido que

armaron durante un par de años, de lo que dieron que hacer á jueces y escribanos, de lo que preocuparon á los clericales, y de las alabanzas que de los anticlericales merecieron, no debo añadir un mérito que no es mío á la lista de los que tengo legítimamente contraídos.

Estoy viendo ya la cara que pondrá Pey Ordeix al leer estas líneas y oyendo lo que va á decirme; pero lleve con resignación cristiana esta contrariedad, en gracia á la que yo sufría cada vez que me veía ensalzado por un trabajo que no había hecho, pero del que me envanecería si fuese mío.

EL PROBLEMA DEL PAN

Cuando estas líneas se publiquen, el Ayuntamiento de Madrid habrá votado ya una moción sancionando el fraude en el peso del pan á cambio de una ilusoria rebaja en el precio de las piezas del pan llamado de familia.

Y mucho temo que nadie, ni aun los socialistas, hayan gritado allí las grandes verdades que hay que gritar, habiendo dicho á lo sumo algunas, las menores.

Fundamentalmente, el problema del pan en España es problema de aranceles.

Bien pesado, lo mismo en las piezas grandes que en las pequeñas—y no hay razón técnica que á ello se oponga—y bien cocido el pan, no existe motivo serio, decoroso y confesable para que el kilogramo cueste actualmente en Madrid más de 40 céntimos, y exagero. Y esto contando con las enormes ganancias de los harineros.

Pero el pan debería costar en Madrid mucho menos, muchísimo menos; debería costar á lo sumo 26 céntimos de peseta, porque entre los propietarios de la tierra, los monopolistas del trigo y los nefastos harineros se embolsan 14 céntimos; es, decir que estas tres «categorías sociales» encarecen nuestro pan en un 54 por 100, proporción que se eleva á 65 con el sobreprecio que cobran los tahoneros y á 70 con lo que se defrauda en el peso y aun á más, porque con la cocción deficiente que resulta de calentar mucho el horno, pagamos como pan el exceso de agua que conserva la masa...

Cuando se publiquen estas líneas se habrá echado un mal remiendo á este problema capital, esencial, urgentísimo, y cada año seguiremos los consumidores entregando á los logreros—no á los labradores ni á los braceros rurales—nada menos que 240 millones de pesetas que es el encarecimiento que suponen los bárbaros derechos arancelarios.

Y, sin embargo, los partidos populares deberían estudiar este asunto nada complejo, deberían después remover la opinión, deberían gritar, moverse, predicar, suscitar fuerzas, exigir, reclamar, imponer, porque hoy no existe en el orden material nada que iguale á esta tremenda exacción.

La familia obrera que á la semana consume siete kilogramos de pan ha entre-

gado 1'48 pesetas, que á más de la ganancia legal se embolsan linda é ilícitamente propietarios, usureros, logreros, monopolistas, harineros y tahoneros.

¡Qué hermosa bandera esta para los partidos populares, los únicos que pueden tremolarla!

J. J. MORATO

El protestantismo en España

I

Séase de antemano que todas las iglesias cristianas, griegas, latinas ó sajonas, llevan en su interior el mismo conflicto que los católicos llaman *modernista* y que los protestantes llaman simplemente *liberal*.

Es, en último caso, lucha entre los jefes, dueños de la autoridad y de la bolsa eclesiásticas, que hacen de la ortodoxia el instrumento para enriquecerse ellos á expensas de los expoliados y oprimidos, en choque con los creyentes honrados que no saben transigir con que la religión se convierta en negocio y la Iglesia en Trust de la fe y de la moral.

En los protestantes, como en los católicos, hay el tipo *jesuita* de la obediencia ciega y bestial, y el tipo *liberal* ó *modernista* que no acierta á hacerse bestia, ni se convence de que se puede honrar al Dios de los hombres haciendo el mono de las ceremonias, el perro de la adulación, y el asno de la inteligencia.

Con este preludio, dicho queda que, cuando hablemos de los protestantes en son de censura, damos por excluidos á los oprimidos que luchan contra los opresores.

De los tiranos hablamos, que hacen de sus iglesias un feudo, un coto y una mina para rodearse de pompas ante el mundo profano y oprimir á sus correligionarios.

De ambos géneros ha habido protestantes en España. Desde los Pandak que han predicado el cristianismo «sin clero, sin templo y sin ceremonias», hasta los severos metodistas, que aspiran á ser los cartujos de la disidencia: desde los cuáqueros, que han laborado en el silencio, hasta los calvinistas y luteranos amigos de estridencias y bullangas. Dense, pues, por eliminados de las censuras aquellos á quienes no alcancen los actos que vamos á censurar.

Y antes de avanzar más en esta cuestión, expongamos de paso un punto de táctica, y es, que los que en España aparecen como Jerarcas, si bien temen las censuras de los llamados impíos por la molestia que acá les causen, ante las jefaturas extranjeras de quienes se dicen Delegados apostólicos, cotizan estos mismos ataques impíos como prueba de su virtud, haciendo estribar su fe en las blasfemias ajenas.

Si este ardid es lícito dentro de la mo-

ral de sus sistemas, allá lo sabrán sus doctores: lo que por acá sabemos, es que no tiene nada de serio y muy poco de honrado; y muy desidiosos serán los Pontífices de allende, y muy poco avisados, si no observan que los «impíos españoles» han sido, no solamente fieles aliados de los protestantes en su lucha por la conquista del respeto oficial y de la tolerancia pública, sino que á las veces se han convertido en *brazo secular* y en defensores y vengadores de su causa.

Y aun puede decirse que, si no han sido arrollados por los católicos cuando éstos se han lanzado sobre ellos, más que á sus propios esfuerzos débennlos los protestantes á la prontitud con que los «impíos» han acudido siempre en su auxilio, en la prensa, en la cámara y en los comicios.

Estos auxiliares, que por no ser católicos eran utilizados acá en la parte anticatólica que interesaba á los protestantes dentro de España, eran desacreditados por impíos en el extranjero, en donde se ha hecho cundir y arraigar la especie de que en España el que no es clerical es escéptico, ateo, inmoral y espiritualmente depravado.

En respuesta á este alegato se debe decir, que más de un español que al sentirse en contradicción con la Iglesia romana, requirió á los protestantes á una campaña adecuada, y no en nombre de la «impiedad», sino en nombre del espíritu religioso del pueblo español que ellos dicen tener como fin, y del Evangelio, que dicen ser su principio y bandera, los encontró tan insensibles al dolor espiritual del pueblo, como indiferentes al Evangelio.

Y ocurrió que para sustraerse al requerimiento, invocaron las mismas argucias de los jefes católicos, y que en resumen creo hallar sistetizadas en esta actitud: «importa un bledo el Evangelio; vale un comino el espíritu español: estos son los pretextos públicos para fines secretos».

Así han pasado muchos años, de bellas teorías y de desidía práctica, con las cuales se ha venido á demostrar que el protestantismo, tal como funciona, en vez de ser un bien para España, es una calamidad; que es un protestantismo moldeado á perfecto gusto y conveniencia del Padre Santo de Roma, el cual crearía de buena gana y costearía de su bolsillo misiones protestantes como estas, si no estuviesen ya creadas; que el protestantismo hace más católicos que orden alguna de frailes: y, en fin, que en vez de ser instrumento de propagación del Evangelio en su espíritu de redención popular, es la rémora que impide y ahoga su expansión con pretexto de una *letra* muerta, insustancial, extemporánea, caduca y esterilizadora; y que, entre católicos y protestantes parece mediar un pacto tácito, inexpreso quizás, inconsciente quizás, por medio del cual se ha hecho creer al pueblo español no haber más moral que la religiosa, ni más Dios que el Cristo, ni más Cristo que el suyo, y que este ha de ser fatuo, comodón, fa-

riseo, aliado de todo despotismo, apuntador del orden diabólico que se desquicia, aferrado en creer lo que quiere y en no averiguar lo que debe; enseñador de lo que no practica, cerrado á toda razón; imposible, inadmisible, detestable y abominable.

Y por esto el español salta del rezo á la blasfemia; del ayuno de cuaresma á la borrachera de carnaval; de la comunión al baile de máscaras; de la superstición en toda fábula, á la desconfianza de toda verdad; y de devoto á cínico.

Esta perversión de inteligencias y de voluntades verificada por la conducta de los apóstoles cristianos, es luego utilizada por ellos para encarecer la necesidad de la fe y de sus iglesias, cometiendo el escamoteo de la verdad, que en último resumen es esta:

«Católicos y protestantes encontraron cincuenta años atrás á un pueblo español ferviente cristiano en la creencia y metódico en la conducta. Entre unos y otros apóstoles, han logrado hacerle odioso el nombre de Cristo y lanzarle al desenfreno de las pasiones. Es la obra de protestantes y de católicos. Este es el único servicio hecho á España y esta es la misión realizada.»

Tal es la «impiedad española» salida de tales padres, y presentada como óbice y motivo de las empresas religiosas que unos y otros aparentan.

Esta impiedad, pues, engendrada de la piedad aquella, es la que hablará en estos artículos, diciendo á quienes pretenden insultarla por su inmoralidad y por su irreligión:

«Señores apóstoles: tuve una religión y un Cristo; vosotros me los habéis quitado al haceros dueños de ellos. No os rechazamos á vosotros por ser suyos: los rechazamos á ellos por ser vuestros.»

S. P. O.

Insistiendo

El monstruoso veredicto de inculpabilidad formulado por el tribunal popular que ha juzgado á los autores del horrible y repugnante parricidio cometido en Carcagente en Abril de 1912, fué ayer objeto de unánimes censuras y causó horror é indignación á la opinión honrada.

Nadie acertaba á explicarse el error de los jurados. Nadie comprendía cómo tratando del peor de los crímenes y cometido en las circunstancias más repugnantes pudo nublarse la inteligencia de los jueces y ofuscarse su razón hasta el extremo de incurrir en el extravío de absolver á los parricidas.

Nadie dejó de aplaudir al Fiscal que pidió la revisión y á la Sala que la acordó volviendo, como ayer dijimos, por los fueros de la humanidad ultrajada, por los intereses de la Justicia pisoteados, por la dignidad de la especie escarnecida, por el prestigio de los sentimientos más arraigados en el corazón humano y hasta en el corazón de las fieras, sentimientos que

el error de los jueces ha ofendido gravísimamente.

No reproduciremos, no glosaremos, no haremos siquiera alusión a los comentarios que oímos contra el erróneo, contra el inconcebible veredicto.

Únicamente diremos que mereció la reprobación general porque es contrario a las leyes de la Naturaleza. Tan contrario (perdónesenos la pedantería), que el primer legislador de Roma, su fundador, no previó el caso de que un hijo pudiera matar a su padre. Tan contrario, que hubo pueblo en la antigüedad, el persa, que no admitía la posibilidad del parricidio. Tan contrario, que los legisladores de todos los tiempos y de todos los pueblos inventaron las penas más horribles, los castigos más atroces, los suplicios más infamantes para castigarlo.

¿Cómo pudo ofuscarse la mente de los jurados hasta tal extremo? Nadie, nadie lo comprende. Y como el caso pudiera repetirse; como los veredictos de culpabilidad por delitos de sangre escandalizan con aterradora frecuencia a la opinión; como ese escándalo puede aminorarse reformando la ley que hoy deja mil callejuelas abiertas a la impunidad más desmoralizadora y contraproducente; como el mal se hace cada día más grave y es cada día mayor el desprestigio del Jurado, urge la reforma de la ley, urge como medida de seguridad pública, como medida de higiene moral, como medida de decoro patrio, porque el decoro y la honra de un pueblo se miden con arreglo a sus instituciones jurídicas y a lo que esas instituciones resultan en la práctica.

La Justicia no debe continuar siendo en España un juego de azar. Es, pues, precisa, indispensable la reforma; indispensable acudir al cauterio y al bisturí para atajar la gangrena de la impunidad, para impedir que en España queden sin sanción penal crímenes que no pueden cometerse impunemente, no ya en Marruecos, sino en las tribus salvajes en que no ha penetrado ni un rayo de la luz de la civilización.

El Mercantil Valenciano

Suscripción para el entierro de D. Luis Pardo

| | |
|---|--------|
| Suma anterior | 328'40 |
| Eduardo Martínez (Barco de Valdeorras) | 2'00 |
| H. Vila (Castellón) | 5'00 |
| Manuel Val (Torrelaguna) | 9'00 |
| Viuda de Vicente Segarra (de Vall de Uxó) | 1'00 |
| Suma total | 345'40 |

Las 12 pesetas que figuran en la lista del número 7, como donación del Sr. Don Nicolás García, corresponden a la recaudación hecha por la Logia «Lealtad», de Barcelona.

Gracias á todos

Desde hace días tergo en mi poder la siguiente carta:

Sr. D. José N. kens.

Muy señor mío y de toda mi consideración: A la vez que quiero manifestarle mi más sincero agradecimiento por todo cuanto ha hecho en favor de mi muy querido esposo D. Luis Pardo y García (q. e. p. d.) vengo á rogarle sea mi intérprete cerca de todas las personas que se han dignado responder á su generosa iniciativa, adhiriéndose á la suscripción que abrió en EL MOTIN para atender á los gastos del entierro de mi desventurado esposo.

Nunca podíé agradecerle á usted bastante y á todos los señores donantes, esa prueba de consideración y afecto á favor de un correligionario suyo que todo lo sacrificó en favor del ideal republicano.

Como me sería imposible dirigirme personalmente á cada uno, ruegole que por medio de su periódico haga llegar á todos mi más profunda gratitud.

Le anticipa las gracias por ese nuevo favor, su muy afm. s. r. q. b. s. m.

BERTHE BLANCHARD
Viuda de Pardo

He demorado la publicación de la carta anterior, por si después de pagado el entierro se reunían unas pesetas para que la señora viuda pudiese pagar varias deudas adquiridas durante la larga enfermedad de su esposo.

Hoy me indica que debo ya publicarla, y así lo hago.

Uno mi agradecimiento al que envía esa señora á cuantos han contribuido á demostrar que aún hay republicanos que saben apreciar los servicios verdaderos que se prestan al partido, y saludo efusivamente á todos.—J. N.

Seleccionemos

Da asco, revuelve el estómago con bascas insufribles y subleva el pensamiento que no quiere someterse, oír los juicios que de nosotros formulan los sensatos, los justos, los racionales, los perfectos.

Locos, neurasténicos, degenerados, impulsivos, atacados de hiperestesia nos llaman á los que al escribir volcamos sobre la cuartilla toda la rabia de nuestros corazones, toda la fiera de nuestros juicios, todas las crispaciones de nuestros músculos, ó á los que al discutir ponemos la pasión en nuestras palabras y la sinceridad descarada y valiente en nuestras apreciaciones.

El raquitismo espiritual de estas generaciones borreguiles que se resignan á sufrir las mil humillaciones que al paso nos salen, son causa de nuestro decaimiento, de nuestra insignificancia. El miedo pone una mordaza en los labios, y la irresolución un dogal en la garganta.

Por ser pequeños, lo son hasta para

juzgar. Ni encuentran grandeza en la rebelión, ni méritos en el sacrificio, ni heroísmo en la audacia provocadora. Como mujerzuelas tiemblan ante las provocaciones de los fuertes, y como chiquillos balbucean al leer las fieras arengas de los que por un ideal sagrado de libertad exponen la suya más apetecible, que la misma vida, y rubores de temor—no de vergüenza—colorea sus rostros cuando las frases bruscas, retadoras, insultantes chasquean su estridencia en sus oídos hechos á escuchar conceptos almibarados dotados de suavidad, ya que de sinceridad estén desposeídos.

Y esta juventud es la que tiene la misión de regenerar lo decadente, y esta juventud con más estómago que corazón, sin idealidad ni espíritu de sacrificio es la llamada á hacer triunfar la libertad, la razón y la justicia; y esta juventud acobardada, y claudicante, esclavizada y amorfa, tocada de abulia, ayuna de iniciativas valerosas, es la que nos presentan como la esperanza para el porvenir.

Siquiera la otra juventud, esa juventud fanatizada por una educación fetichista, metida en senderos de oscuridad, violentando su pensamiento por sugestión de milagros y prodigios, arrojada en un misticismo enfermizo y doliente, ya sabemos que nos es contraria, que no podemos contar con ella, que como enemiga ha de tratarnos, que la tenemos enfrente, que nos morderá y arañará si puede con habilidad felina ya que como hombres fuertes no pueden comportarse, que nos babearán con la inmundicia de sus calumnias, armas femeniles á que los acostumbra; pero esta otra, la que se llama fuerte, libre y luchadora y que rinde culto al eufemismo y teme la sinceridad, odia la violencia y busca la templanza, esa es la que más daño nos hace y á la que es necesario fustigar cruelmente para que rectifique su conducta, para que abdique de su cobardía, para que se sobreponga á sus temores, para que venga á nosotros sin miedo, sin reservas, dispuesta á todo, á luchar, á vencer, á morir si morir es su destino, que en la muerte también hay gloria, que en el vencimiento también hay fortuna, que en la caída puede existir grandeza.

Y si no oyen nuestras voces, si no atienden nuestros requerimientos, démosla con el pie, apartémosla á un lado como un estorbo y sigamos nuestro camino de sacrificio y lucha, doloridos por el abandono, pero satisfechos de la selección realizada, confiando en nuestra fuerza, y con la vista y el corazón puesto en el éxito final que será nuestro, pese á cobardías, traiciones é indiferencias.

LUCIANO PASTOR

Los Miserables.

Ha sido denunciado el semanario *Ideal* de Zaragoza, por un artículo de Samblancat, que había pasado sin tropiezo en *Los Miserables*, en Barcelona y en *Talión* en Huesca.

De esta anomalía deberían haberse ocupado los periodistas que han sido diputados.

Escrito que no fuese denunciado por el fiscal del punto en que primeramente se publicara, no debería ser denunciado en ninguna parte por ningún otro fiscal.

Hacer lo que hoy se hace, es reconocer que se denuncia á capricho; ó que unos fiscales cumplen con su deber y otros se exceden en el cumplimiento del suyo.

Verdades amargas

Dice *Ideal*, de Zaragoza:

«¿Prensa republicana? Imposible. Las intransigencias de los correligionarios son su verdugo.»

Muchas verdades ha dicho ese semanario: ninguna tan verdadera como esa.

Un día que esté de humor relataré en tono festivo la fuerza de voluntad, de ingenio y de paciencia, y de talento también ¿por qué no?, que he tenido que desarrollar para que no muera EL MOTÍN por culpa exclusivamente de mis queridos correligionarios.

Se reirán á ratos mis lectores, y á ratos se indignarán; estoy seguro.

Los republicanos jamás han comprendido que sin la prensa el partido no existiría, así se hubieran distribuido por aldeas, pueblos, villas y ciudades, todos los oradores mítinescos que han existido y existen entre nosotros. Y se comprende. El efecto del mítin es momentáneo; el de la prensa permanente.

Y ahora que hablo de esto, voy á anticiparles á *Ideal*, *Los Miserables*, *Talión*, y *Juventud* de Cullera una desagradable noticia: morirán pronto, si para vivir necesitan que los correligionarios les presten apoyo.

Han nacido con un pecado original que no se perdona en nuestra iglesia; el de decir la verdad á los de arriba, á los de en medio y á los de abajo, y decirse la en lenguaje rudo y viril; el que cuadra á la indignación.

Cada vez que acabo de leer un número de cualquiera de esos semanarios, pienso que quizás sea el último: no contando con la ayuda moral de los republicanos, más indispensable aún que la material en estas luchas contra gobiernos desatentados, no hay manera de resistir.

Y lo más triste será que algunos de esos bríos y talentados muchachos tengan que verse obligados, si no los llevan á la cárcel, á dispersarse por el extranjero, sin la esperanza siquiera de que sus correligionarios aprecien la labor que intentaron: purificar la atmósfera republicana.

¿Que yo lo vengo haciendo hace tiempo, y EL MOTÍN continúa? Es cierto, pero yo sólo sé á costa de cuantos sinsabores y cuantos esfuerzos y cuantos sacrificios.

Y yo puedo ir defendiéndome, porque he logrado al cabo de tantos años de lucha y de las vicisitudes porque he pasado, contar con amigos, la mayor parte

desconocidos, que miran con simpatía mi labor; pero así y todo, tropiezo á lo mejor con dificultades que harían desmayar á otro que no estuviera tan acostumbrado á sufrir contrariedades, despreciar miserias y saborear injusticias.

Mas advierto que me voy metiendo poco á poco en terreno donde hoy no quiero entrar, y termino diciendo á esos jóvenes independientes, valerosos y dignos:

«Habéis aparecido antes de tiempo en el partido republicano. El pueblo no ha adquirido todavía conciencia perfecta de lo que vale y lo que es, y por lo tanto, adora los ídolos que él se crea.

¿Que á eso venís vosotros, á que adquirir esa conciencia? Misión grande cual ninguna, á la que debería consagrarse todo joven que quisiera contribuir á la salvación de España. Quizás no haya otro republicano que la admire y aplauda más que yo.

Como tampoco hay otro que pueda decirles con más experiencia:

«Tened siempre en cuenta lo que ha dicho *Ideal*: ¿Prensa republicana? Imposible. Las intransigencias de los correligionarios son su verdugo.

ANDANDO POR MADRID

El proyecto de impuesto de criadas

¿Indignación? ¿Asco? ¿Vergüenza? ¿Desesperación? No lo sé. Pero mis nervios como accionados por descarga eléctrica dieron un latigazo á mi cuerpo, que se irguió rejuvenecido prometiendo guerra sin cuartel al nuevo disparate.

No me extenderé en consideraciones que ya tengo hechas (1) desde estas columnas, respecto á beneficencia, caridad, asilos... «donde la orgía almacena la carne que no aprovecha», pero he de insistir en algunas apreciaciones.

No se trata de extinguir la mendicidad creando fuentes de producción y dando medios de vida; no se trata de instruir, de educar ni de desarrollar la afición al trabajo; se trata sencillamente de ocultar, esconder detrás de unas paredes, al vicioso averiado, al desdichado incapaz, al agotado trabajador...

Se toma como pretexto la miseria ajena para satisfacer la vanidad propia.

A la sombra de una protección al desvalido se PROTEGERÁ VERDADERAMENTE al que se coloque como empleado para cuidarle.

Se estrujará más aún al contribuyente para conseguir unas pesetas que se repartirán.

Suponiendo un asilo tan bien organizado como el municipal de la Paloma, por cada 500.000 pesetas recaudadas se gastarán en los pobres 300.000 y en empleados 200.000 (2).

(1) Véase EL MOTÍN de 10 de Diciembre de 1908.

(2) Véase nuestro artículo de 14 Enero de 1909, en EL MOTÍN también.

En otro orden de ideas, ¿con qué derecho quiere el Ayuntamiento intervenir en mi vida privada?

Yo tengo mujer y tres hijas; con los 60 ó 80 duros que mensualmente recaudo, escasamente cubro mis atenciones, pero como he de vestir decentemente y alternar, mi mujer é hijas no deben llevar un mantón y un pañuelo á la cabeza, y, sin embargo, dentro de casa, ellas hacen todo, desde el barrido diario, hasta el sombrero conque salen á la calle. ¿Es orgullo y vanidad no querer confesar que no tenemos criada?

Yo creo que es dignidad, restos de pudor con los que encubrimos la miseria general á que gobernantes ineptos nos llevan; es ocultar que el hombre de inteligencia, que pone cuanto vale y puede al servicio de la nación, no alcanza ni una mala criada de treinta reales... Pero no basta sufrirlo, no es bastante infamia que ocurra, es preciso además que se esterco en un padrón firmado.

En forma de traje se pone el sello al asilado y se pretende hacer constar en un padrón que la señorita que vemos en el paseo y en el teatro, es en su casa una fregatriz... ¡No y mil veces no!

Inventad impuestos contra el hombre, pero no tratéis de quitar á la mujer la creencia en esa inocente mentira, que la aparta de buscar por otros procedimientos la criada que necesita, dejadla con su tontería... Vive contenta y es honrada.

Otro aspecto de la cuestión.

El nuevo impuesto lo pagarán los criados, al que gane 18 duros al año le dirán sus pobres amos: «el impuesto corre de tu cuenta», y le quitarán el real y medio al mes.

Y estas miserias me indignan, como me indigna y me subleva que los infelices vendedores ambulantes paguen al Ayuntamiento mas de 30 mil duros de impuesto, y las Compañías de tranvía, que recaudan más de nueve millones, sólo paguen 10 mil.

Me indigno y me rebelo de que un Estado y un Municipio que al infeliz que consume de luz al mes 4 kilovatios que valen 2.40 pesetas, le cobre unos céntimos y deje sin cobrar nada á la Compañía de tranvías que consume 120.000.

Y es que el espíritu de justicia ha de rebelarse al ver que se pretende mermar su misero haber á una infeliz criada para que un señorito, hijo ó sobrino de concejal, pasee su sueldo en el nuevo asilo, donde está recogido quizá el padre de los pobres amos de la criada....

JUAN PEREZ

La alegría de portarse bien (1)

Deberes del padre

Todos los que vivimos de trabajar hacemos una vida muy difícil, porque los ingresos son escasos en comparación de

(1) Del hermoso libro *Predicaciones humildes*, que acaba de publicar el escritor masculino Sanchez Díaz.

lo que cuestan las cosas necesarias. Por esta razón, ser bueno es más conveniente que ser malo, dentro de tan escasa ganancia y de la vida de familia.

Todo hombre, pues, que gana un jornal ó un sueldo para su casa no es bueno si distrae una cantidad de la que se necesita tan imperiosamente en el hogar.

No se puede gastar para uno solo, porque se gana poco para todos y es preciso tener la cantidad de no gastar nada fuera de la familia. Hay que tener la alegría de ser un poco santo: más vale esta alegría que todas las otras, aparentes, buscadas en la taberna ó en el café.

D'go esto porque hay muchos trabajadores de escritorios ó de fábricas ó talleres que no cumplen bien con su mujer, sus hijos, sus padres ó sus hermanos. Hasta hay obreros jóvenes que cuando ganan se separan de la madre y los hermanos ó dan una cantidad á la casa para que les mantengan; es decir, convierten la casa propia, el amor de la casa, en un desamable pupillage. Y esto es un egoísmo, una ineducación, una falta de nobleza y de corazón sencillo. El trabajador, el hijo ó el hermano que obra así, no es hombre bueno y no tiene derecho á ser juez ni á recriminar á los patronos ó á los directores de nación ó de cualquier cosa.

Cuando nacemos pobres y uno ó dos de la casa podemos trabajar para la familia, defendiéndola y defendiéndonos de la vida, lo honrado y lo virtuoso es trabajar y dar todo el dinero para el bien común. Lo demás es no portarse bien, es no querer á los hermanos ni á la madre. Hasta cuando alguno de los hermanos se porta mal y no quiere ayudar, no debemos hallar disculpa para recabar nuestra independencia, sino seguir siendo bueno y dando ejemplo.

Debemos trabajar todos los días que podamos y llevar el dinero á la casa, porque la mayoría de las mujeres de los pobres que trabajamos saben aprovechar nuestros sueldos y sufren muchísimo con la lucha de sostener el hogar.

Fijaros en lo siguiente: si nosotros no llevamos todo nuestro dinero á la casa para el bien de los hijos, resultará que son más virtuosos los patronos y los negociantes, puesto que ellos trabajan ó arrancan el dinero de donde lo hay, arriesgando á veces el honor y la tranquilidad de conciencia, para lograr el bienestar de sus hijos. Si nosotros no sacrificamos nuestros deseos, naturales, es verdad, de diversión, de deber, de lo que sea, en favor de nuestros hijos, resultará que en eso de la felicidad de la familia son más virtuosos los que no reparan en ganar dinero. En último caso tienen la disculpa de que lo hacen por el bien de los hijos, puesto que hay muchos ricos que, efectivamente, no aprovechan el dinero casi para sí.

Tenemos, pues, los trabajadores que ganar la vida para nuestros hijos y aprovechar hasta el último céntimo para defenderlos á ellos. Puesto que nos hemos casado pobres y hemos creado una fami-

lia pobre, tenemos el deber de hacer todo lo heroico por defenderla. Hay que ver las cosas de la manera siguiente, casi al revés de como las ve el egoísmo, mal consejero de la felicidad íntima: «Soy el trabajador de la casa, y en vez de crearme con el mayor derecho al fruto de mi trabajo, debo crearme con el menor derecho, porque primero son los niños, los viejos y la mujer. Realmente no cumplo con mi conciencia si gasto algo de tan poco en mí mismo y en lo que viene á ser superfluo, dada la situación de nosotros. Debo hasta comer menos en la mesa, so protesto de que no tengo ganas, de que no necesito más, puesto que veo escasez. Que coman más ellos, de lo poco que hay, porque todo esto es lo que constituye mi alegría interior y con lo que me creará un poco superior á mis propios patronos, y con lo que tendré la alegría humilde de la santidad de cumplir bien en la desgracia de no haber creado una familia mejor acomodada y en la desgracia de no estar mejor pagado mi trabajo. Allá los que tengan culpa de todo esto, y tratemos los trabajadores de dar el ejemplo de virtud y de amor á nuestros hijos.»

La casa de algunos trabajadores suele ser una casa sin arreglo, precisamente por la escasez de los ingresos y el desapego del jefe de la familia. Toda la atención y amor del que trabaja son poco todavía para defenderla, puesto que hay tanta escasez y se tiene que vivir tan mal y entre cierta sociedad desorganizada por la gran injusticia que reina. Si hace falta todo el poco dinero que se gana y todo el corazón del que lo gana, juzgad, queridos amigos y compañeros, el crimen que comete un trabajador no atendiendo el hogar, no viviendo casi solo con los hijos, distrayendo parte de la pequeñísima ganancia en el egoísmo destructor de gastar fuera de casa...

R. SANCHEZ DIAZ

Diferencia de clases

En todo cuantos actos se celebran por elementos directos, la colonia *real* española de Tánger brilla por su ausencia; y no es porque ella no asistiera gustosa, sino por que como la mayoría de esta colonia se compone de pequeños industriales y honrados trabajadores, parece que hay marcado interés entre los super hombres de no alternar con el elemento sano, con el elemento popular, y es una lástima, pues aunque no lo parezca, acarrea esto las consecuencias consiguientes.

Los franceses cuando organizan algún festejo patriótico, en él figuran desde el último obrero, hasta el primer representante de Francia en Tánger, y eso es cosa que conforta el ánimo y aviva el patriotismo.

Los españoles somos muy diferentes en esto, pues nunca se ve que la colonia española en masa celebre algún acontecimiento, por lo distanciada que, como digo más arriba, se halla de los elementos directores, los que forman la mayoría de nuestra colonia.

Ayer mismo (el 14) se celebró el banquete anual que todos los años da la Comisión de Higiene en honor del presidente entrante y del saliente.

Los elementos franceses han tenido la corrección debida, y á dicho acto han invitado á la prensa francesa; los ingleses y alemanes han hecho lo propio, con muy buen sentido; solamente el elemento español ha sido la nota discordante al no invitar á toda la prensa española, lo que, juzgado por la prensa de las otras naciones, nos coloca en un lugar ridículo, porque parece que eso quiere decir que nos separan abismos infranqueables, y porque eso demuestra la poca unión existente entre los que en idioma español en Tánger nos dedicamos á emborronar cuartillas, que por más que cada cual tenga su idea, en acto como el del banquete debíamos aparecer unidos, como manda el compañerismo y la educación.

Algunos no quieren entenderlo así, y lo sentimos, pues con ello se le hace más mal que bien á esa España que tanto queremos, y que algunos no sirven como debieran.

Si estas cuartillas escritas al correr de la pluma surten algún efecto, quedaré satisfecho por el bien que esto reportará á nuestra patria y á nuestra colonia aquí residente; y si se hace caso omiso, lo sentiré; pero siempre me quedará el consuelo de haber cumplido con un sagrado deber.

P. P.

La Opinión (Tánger)

Buena entrada ha tenido el rico joyero que la Virgen de las Mercedes posee en la iglesia de su nombre en Barcelona: dos joyas cuyo valor asciende á 300.000 pesetas.

Es la una el anillo pastoral que ostentaba el obispo Laguarda, y la otra otro precioso anillo de oro con brillantes que una devota ofreció á la Virgen en gracia á los favores que le había otorgado.

Y doy la noticia con el santo propósito de proporcionar una satisfacción á los muchos españoles que se mueren de hambre.

ALMANAQUE cómico DEL CARLISMO para 1914

con sesenta caricaturas

PRECIO: UNA PESETA.

Poesías festivas anticlericales

TOMO SEGUNDO

PRECIO: UNA PESETA

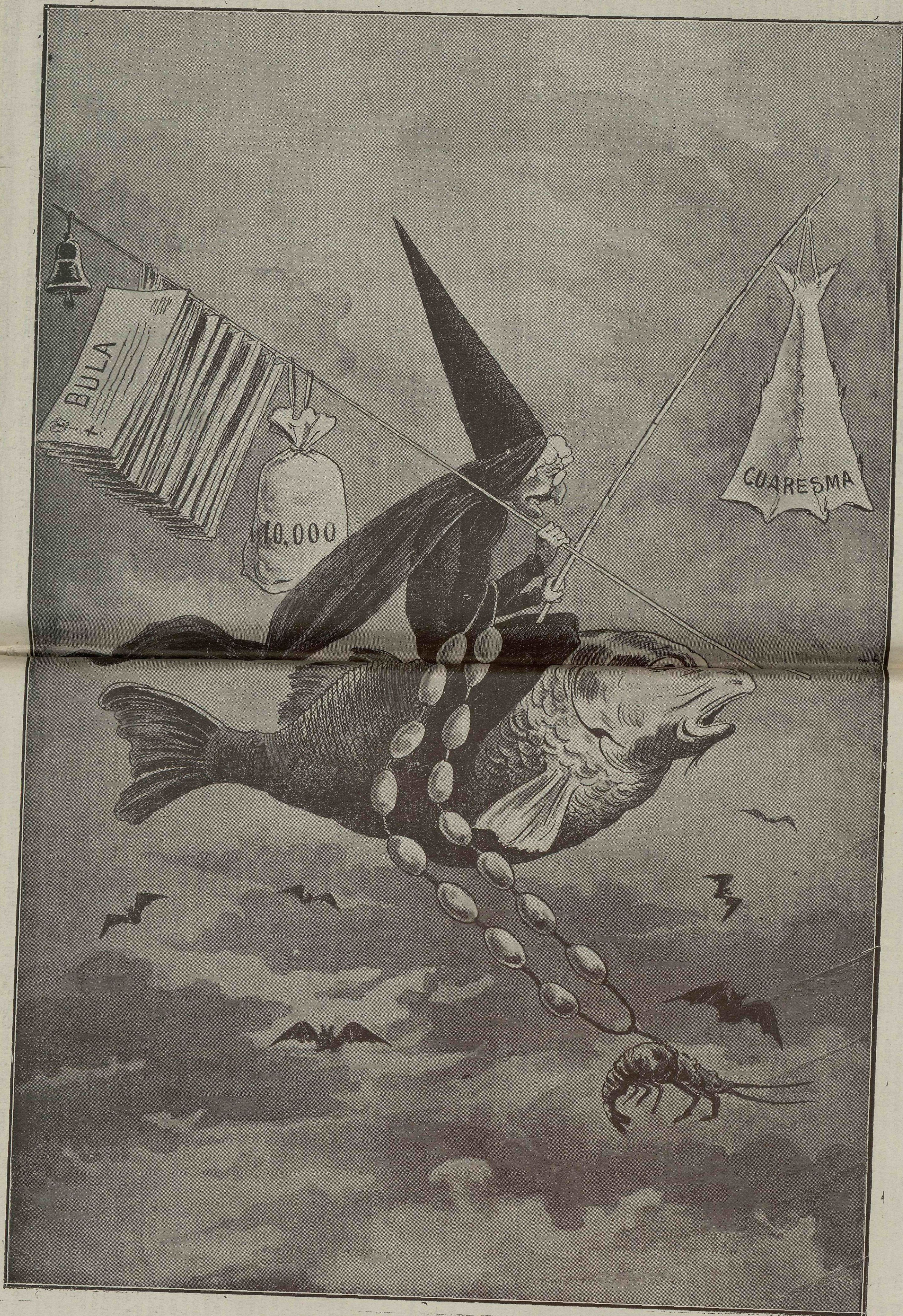
Mi paso por la Cárcel

(2.^a edición)

Precio: DOS pesetas.

José Nakens

EL MOTIN



La cuaresma en 1890.

Esquella de la Torratxa.

Entrada triunfal.

Dibujo de M. Moliné.

Sobre el cura Martínón

Querido amigo D. José Nakens:

En el último número de EL MOTIN he visto publicado con el titular *El mausoleo de Cantaclaro*, el artículo en que los redactores de *El Pueblo*, de Valencia, pretenden refutar lo que *Fray Gerundio*, colaborador asiduo de usted, y yo, su colaborador á ratos y antiguo amigo, habíamos escrito en *El Diluvio* y en *El Radical*, respectivamente, sobre la situación de la sobrina del presbítero Martínón, abandonada de los republicanos valentinos, y sobre otros particulares referentes al finado, insigne correligionario.

Desde luego he supuesto que, ó usted no leyó mi respuesta á ese artículo en *El Radical* del día 14, sábado, ó la conoció cuando ya era tarde para incluirla en el ajustado número. Así apareció en éste la invectiva y no la contestación, aunque también era anterior á la salida de EL MOTIN.

Procediendo yo con toda corrección, había tenido buen cuidado de copiar antes de mi respuesta el artículo en cuestión de *El Pueblo*, ya que lo rectificaba. A continuación escribí lo que sigue, y espero de su espíritu de justicia que lo inserte como insertó el artículo, por lo que anticipadamente le doy mil gracias.

Decía así mi réplica:

EL MAUSOLEO DE MARTINÓN
A *El Pueblo* de Valencia

El artículo de *Fray Gerundio* que en *El Radical* fué copiado, y otro del que suscriben, han sacado de sus casillas á los jóvenes redactores de *El Pueblo*, de Valencia, los cuales se han creído, ellos y los demás republicanos de la ciudad, ofendidos por nosotros.

En su defensa publicaron este artículo, que transcribo íntegro, ya que he de poner puntos á sus fes, no para vindicar ni á *Fray Gerundio*, que bien conoce su deber, ni á mí mismo, por creerlo innecesario.

(Aquí el artículo que ya conocen los lectores de EL MOTIN, y á continuación de él):

«Esos jóvenes indudablemente no han reflexionado mucho sobre lo que escribían, ni comprendieron que *Fray Gerundio* y yo no usamos la pluma sin estar bien informados, y menos por gusto de molestar á nadie, cometiendo inexactitudes á sabiendas.

Yo, por mi parte, en mi casa tengo á doña Victoria Cortés, sobrina del padre Martínón y testigo de mayor excepción en todo esto, que aparte lo que sé por mí mismo, no es poco ni grano de anís lo que me ha comunicado con la veracidad que le es propia y á todos notoria.

Como esos chicos están solos, ausente su jefe y querido amigo mío, con nadie han consultado; ignoran que este asunto es muy espinoso, tanto, que sobre él conviene meter la cabecita bajo el ala, callarse y dejar que digamos, sin que por esto se pueda deducir cosa alguna contra la honorabilidad, que soy el primero en reconocer, del Sr. Azzati, de esos inocentes redactores, parte de los cuales seguramente no lo serían de *El Pueblo* en la época á

que mis apreciaciones se refieren, ni de nadie. El Sr. Azzati ha leído más de un artículo mío, no menos duro que el de autos, acerca de este particular, y... lo ha dejado pasar; era lo más acertado.

En primer lugar, ni hemos prescindido de consideración alguna debida al prójimo, ni negado la honradez de alguien, ni siquiera ponerla en duda; ¡si no se trata de eso! Ni feroces ¡feroces! diatribas, ni ¡oh desdicha! inexactitudes, sino un prudente silencio sobre una porción de circunstancias se nos puede censurar; tampoco el obedecer á excitaciones de esa persona á que aluden rehusando nombrarla, no sé por qué, D.^a Victoria, ¿eh? Con franqueza.

Decir todo esto es una aventurada invitación á que demos aire á lo que aún reservábamos, y no lo habríamos escrito nunca. Tirar de la lengua tiene ese inconveniente; porque, no lo olviden esos chicos, que lo habrán leído en mis artículos de *El Radical*, *Los curas republicanos*; ni Martínón, ni Pey, ni *Fray Gerundio* ni yo, profesamos jamás el principio conservador, católico del santo silencio para las miserias ó deficiencias de nuestro campo: ese principio de injusto disimulo que ellos invocaban en su artículo de *El Pueblo*, diciendo «...miserias que nunca debieron salir á la superficie, ¿Y por qué no? Eso estaría bien en *La Epoca* ó en *El Siglo Futuro*; en un diario republicano demuestra inexperiencia juvenil, ya que no esa corrupción tan lamentable con que el neísmo ha contaminado á toda nuestra España decadente.

Y esto dicho, casi no habría más que hablar, porque, en suma, el artículo copiado aquí muy poco dice y de ello nada prueba; sería difícil.

Un día ú otro ya se publicará mi biografía de Martínón, á la que añadiré unas paginitas, y allí podrá ver el público de qué manera se trató á Martínón en vida y después de muerto, y también á su sobrina; pensaba callarlo, pero ya que ustedes quieren... Por ahora, si esos jóvenes recuerdan la lógica, vean que el hecho de que una señora buenisima y particular amiga de Martínón, ella sola, ¿eh?, ustedes mismos lo dicen, llevara un ramo de flores á la tumba del desgraciado presbítero, no constituye prueba ni indicio de que no se le ha olvidado, pero sí de que nadie se acuerda de él en toda Valencia, ni le tributa un fúnebre obsequio privado más que una sola persona, ¡y del sexo femenino!...

¿Es así como se refutan afirmaciones rotundas de un servidor de ustedes ó de un polemista como *Fray Gerundio*? Si yo fuera por algo ó en algo adversario de él ó de Pey Ordeix, me guardaría muy mucho de tirarles de la lengua ¡y... con esa lógica!

Un detalle, para concluir y dar idea de si estamos enterados.

El Sr. Azzati mismo dijo á la sobrina de Martínón que se habían recaudado para el mausoleo mil pesetas, poco más ó menos, de las cuales *había que descontar lo que se gastó en el entierro*, ¡en el entierro!, que *El Pueblo* afirmó haber costado; y si lo costó antes de que se pensara en mausoleos, ¿por qué se había de descontar de la suscripción el gasto del entierro?

Le dijo más: que *El País* había abierto otra suscripción, y ya se vería lo que arrojaba. Esto me lo escribió desde Valencia doña Victoria, yo lo publiqué, y el director de *El País*, lleno de razón, hubo de quejarse: no se había abierto tal suscripción...

Ahora ustedes dicen que la de *El Pueblo*, descontando el entierro ó no? ¿lo saben ustedes bien?, produjo sólo 680 pesetas. ¡Bien por Valencia republicana! En realidad, 480 con 90 céntimos, y lo creo, ¿no he de creerlo? Y si en los meses del fervor y entusiasmo por el proyecto del mausoleo, toda Valencia republicana, que se despojó para acompañar el cadáver de Martínón, no ha pasado de ahí, ¿qué mejor prueba del olvido é indiferencia que nosotros denunciemos? ¡Y si no hubiera otras! El mismo artículo de *El Pueblo*, con su inocente é irreflexivo enojo, es una de ellas.

Hagan ustedes lo que quieran; yo, si tuviera autoridad, que no la tengo, les aconsejaría *no meneallo*. Crean á un amigo; es lo conveniente cuando se profesa el supradicho principio conservador-católico napoleónico de *no sacar miserias caseras á la superficie*.

JOSE FERRANDIZ

P. D.—Y á todo esto. D.^a Victoria en Madrid, porque en Valencia no hubo republicano tan fuerte que valiera para proporcionarle, no una bicoca, sino trabajo; la abandonaron. ¿Y esos Esplugues del colegio, que ahora salen negándose á pagar lo que á D.^a Victoria deben, porque dicen que han vendido el colegio, que le compraron... á plazos no cumplidos? ¿Son glorias éstas de los republicanos de Valencia, ó inexactitudes más? Buen cuidado han tenido ustedes de callar acerca de tales cositas y... de otras; pero no faltará quien hable.»

Y puede usted creerme, amigo Nakens, esto era lo menos que procedía y que juzgué un deber contestar; que aun no protestando, sino detestando ese inmoral principio de la ocultación cuca de miserias, no desconozco lo que á veces aconseja la prudencia, sobre todo con los que se hallan como esos republicanos, aherrajados bajo la alpargata del *requeté*, ellos en tiempos de Blasco tan fuertes, que al carlismo, á la Iglesia y á la conservaduría tuvieron á raya y en un puño. ¡Lo que destroza la falta de buenas cabezas directoras!

Pero tal estado de cosas no releva de sencillos deberes morales, facilísimos de cumplir; y tratándose de este con relación á D.^a Victoria, el dilema no tiene salida: si entre los republicanos de Valencia, obligados á Martínón, no se podía procurar un triste pedazo de pan, ganado con el trabajo, á una sola mujer y ésta sin pretensiones, ¿qué valen ellos? Pero ¿se podía (los hay ricos, influyentes, etcétera) y es un hecho que no se hizo? Prueba evidente de culpable negligencia. Escojan y... no tiren mucho de la lengua ¿eh? lo aconseja la prudencia.

Lo del P. Martínón

El Pueblo, de Valencia, ha contestado á nuestro artículo sobre el P. Martínón y el proceder que con él observaron en Va-

lencia los republicanos, con los siguientes argumentos y excusas que titula: «En justa defensa: El mausoleo de *Cantaclaro*», que reproduzco al pie de la letra, pues justo es consignar los descargos donde se hicieron los cargos.

(Aquí el artículo que ya conocen mis lectores.)

Esto dice *El Pueblo*, de Valencia. Añadamos unos breves y sencillos comentarios.

Empezamos por reconocer, á pesar de las frases gordas que esmaltan el artículo respuesta, que ésta es mesurada. Realmente esperábamos que el órgano del señor Azzati empezara por dedicarnos el perfumado bouquet de aquellas frases galantes que constituían su léxico *in illo tempore*, cuando las escaramuzas con Rodrigo Soriano. No ha sido así, y por ello felicitamos á *El Pueblo*.

Conste que yo no he dudado, ni se me ha pasado tal cosa por la mente, de la honorabilidad del señor Azzati, ni de los redactores de *El Pueblo*, ni tenía fundamento para tal cosa, ni fué mi más remoto intento suponer que se hubieran evaporado las cantidades recaudadas para erigir el mausoleo del P. Martínón. ¡No faltaría más! Hasta ahí podríamos llegar, y sólo por una porquería de una 600 pesetas... No, queridos compañeros, no hay tal cosa, ni soy yo hombre capaz de proceder con tal ligereza y menos de suponerla en nadie.

Lo que aquí ha sucedido, sin que mediaran excitaciones de nadie, como supone *El Pueblo* maliciosamente, es que hace tres años que el P. Ferrándiz estaba tirando indirectas á los republicanos de Valencia sobre el olvido en que tenían la memoria del P. Martínón, indirectas que, de refilón, iban á *El Pueblo* y al señor Azzati, y nadie decía esta boca es mía, y lo del mausoleo había quedado en agua de borrajas. Llega este tercer aniversario, hoy: o *El Pueblo* y veo con dolor que ni siquiera le dedicaba una línea de recuerdo. Esto, y el haber tenido que salir de Valencia la sobrina del P. Martínón, doña Victoria, acorralada por la necesidad y por la poca hidalguía del comprador del colegio de San Felipe Neri, me decidió á romper una lanza en obsequio de mi llorado amigo y discípulo, y esto es todo.

Estoy conforme con *El Pueblo* de que con las 800 pesetas recaudadas no hay ni para empezar; es más: tengo la seguridad de que aunque se forzara mucho la máquina no se llegaría á las 1.000. Por tanto, lo mejor que se podía hacer, porque eso de la devolución del dinero á los donantes es difícilísimo, sería dedicar este dinero á la publicación de la biografía del P. Martínón, que está hace dos años escrita esperando salir á luz, ó entregársela á sus herederos, que si los hay, y ahí está su sobrina doña Victoria, que se hallaría sin techo ni pan á no ser por el magnánimo corazón del P. Ferrándiz.

Todo lo demás son dilaciones, perder el tiempo y dejar que lo del mausoleo se quede *in æternum* en un proyecto irrea-

lizable. ¿No le acomoda esta solución al colega. Pues vuelva á abrir de nuevo esa suscripción en sus columnas para este objeto, excite al celo y entusiasmo de sus lectores, y convézase de una vez si la idea halla acogida ó no. Pero esto pronto; no vayan á pasar otros tres años, porque estas cosas han de hacerse en caliente y sin demoras injustificadas.

Es lo menos que puede hacer *El Pueblo* en obsequio del que fué su redactor ilustre, aunque se le pagara en calderilla, ya que ni siquiera le costó el entierro.

Del modo y manera cómo procedió *El Pueblo* con *Cantaclaro*, y también algunos republicanos cuando fué procesado y preso, hablará mejor que yo el padre Ferrándiz, que sabe todas estas cosas al dedillo, y que no es de los que se muerden la lengua.

Sabemos que desde este momento en que hemos soltado cuatro verdades, el P. Ferrándiz y yo dejaremos de ser para *El Pueblo* unas personas decentes, pues ya es sabido que lo mismo la prensa clerical que la republicana, en cuanto se les dice algo que no les halaga ó recrea, sueltan los grifos de su indignación y niegan ya siempre el agua y el fuego á su atrevido censor. No nos importa; estamos ya hartos de ser cómplices con nuestro silencio de tantas bellaquerías como tienen su asiento en el campo avanzado, y no estamos dispuestos á pallar con más velos y razones de prudencia á lo clerical, ningún abuso ni atropello. Vinimos de la Iglesia asqueados de la hipocresía y mala fe que en ella abunda, creyendo no hallar tales máculas entre republicanos y liberales; y si eso no es así, vive Dios que nuestras plumas no han de estar ociosas y que nos han de oír las piedras.

A nosotros se nos ha exigido mucho, más que á nadie, para ingresar en el palenque de la lucha contra la reacción; hemos prestado en estas huestes servicios valiosísimos que á todos son bien notorios, y tenemos derecho á exigir que se nos considere y atienda y no se burle la memoria de los nuestros, como sucede con el P. Martínón. Nosotros, que hemos tenido el valor, que se necesita, y mucho, casi rayano en los límites del heroísmo, para sacudir al yugo de la Iglesia, perdiendo al emanciparnos de ella una carrera y un porvenir brillantes, pues no pertenecíamos al montón de los necios ni de los inútiles, no estamos ahora dispuestos á tolerar que nos ponga el pie encima cualquier fracasado del bachillerato ó del mostrador que garrapatea cuartillas y que no vale para descalzarnos en ningún sentido ni nos llegará en toda su vida á los zancajos.

El único terreno en que se nos vencerá siempre, será en el de la grosería y en el de las frases de mal gusto y poco correctas, pues en el campo de donde procedemos habrá todos los yerros y faltas que se quiera y que nosotros somos los primeros en recriminar, pero por lo menos hay educación.

FRAY GERUNDIO

El Diluvio.

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior..... 6421'65

| | |
|---|-------|
| Dos republicanos (Villanueva de la Jara)..... | 1'00 |
| Francisco Mir (Nador)..... | 2'25 |
| Manuel Gardeta, 0'50.—Fernando Albestur, 0'25.—Juan Echevarría, 0'35.—Francisco Celaya, 1'00.—José Arregui, 0'50.—Fernando Iriarte, 0'20.—Francisco Cortés, 0'50.—Martín Francisco Celaya, 0'50.—José Ubeda, 0'25. Antonio Urquijo, 0'50. (Todos de Alsasua)..... | 4'55 |
| Juan Ruiz, 10'00.—Joaquín Gil, 5'00.—Luis Correa, 5'00. Manuel Pérez, 5'00.—Manuel Gil, 1'00.—José Santiño, 0'50.—Mariano Grandell, 0'40.—Francisco Ramos, 0'50.—Francisco Carvallo, 0'25. Segundino Carvallo, 0'25.—Eduardo Fernández, 0'25.—Luis Carvallo, 0'25. Antonio Caldu, 0'25.—Juan Carretas, 0'25.—José Carretas, 0'25.—José Lino, 0'25.—Juan Martínez, 0'25.—Manuel Acuña, 0'10.—Avelino González, 0'25.—Antonio Ramos, 0'10.—José González, 0'25.—Daniel Carder, 0'25.—Antonio Fernández, 0'25.—Manuel Rodríguez, 0'25.—José Begiga, 0'25. (Todos de Olivenza)..... | 31'15 |
| Viuda de Vicente Segarra (de Vall de Uxó)..... | 1'00 |
| Francisco Martínez (Almorchón)..... | 1'00 |
| Máximo Calderero (idem)... | 1'00 |
| Pascual Tomás (idem)..... | 0'60 |

Suma y sigue..... 6464'20

Anúnciase una reunión de patronos de todas las industrias para acordar la manera de oponerse á las pretensiones de los obreros, llegando, si es preciso, hasta cerrar en un día todas las fábricas.

Ya lo pensarán mejor.

Si yo fuese gobierno, me importaría poco ese conflicto. Con acuartelar la fuerza pública de todas clases, y dejar á los obreros ejercer el derecho de abrir las en la forma que tuvieran por conveniente, así como las casas de los patronos, habría cumplido con mi deber, servido á la justicia, y anticipado una equitativa solución.

Dios ante el sentido común

UNA PESTA

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta.

Mártires de la libertad

El peso del yugo que nos ha oprimido durante muchos años ha sido durísimo, y el pueblo, comparando las atrocidades de tan ominoso tiempos con la marca franca y justa que debe llevarse en el día, aprende á conocer en el punto esencial la diferencia entre el despotismo y la libertad política y civil, y sabe apreciar las ventajas que ofrece un Gobierno ilustrado.

Axioma eterno será que la verdad se abre paso á través de la persecución, y que así como la razón siempre concluye por tener razón, así la verdad, disipando poco á poco ó de improviso las nubes del error, del interés ó de la preocupación, osténtase al fin como el Astro Rey, iluminando todos los hechos y aclarando todas las obscuridades. Esto ha sucedido con la idea natural y espontánea de la libertad en España.

En los primeros siglos del cristianismo fué el pueblo español paso á paso adquiriendo, ó mejor dicho, conquistando fueros, concesiones y cartas pueblas, para tener el derecho de ser bien administrado y regularmente gobernado. La idea de libertad, existiendo en todo pueblo constituido, forzosa é irremediablemente había de subsistir en los activos hijos de España, tan amantes siempre de la independencia de su país. Recordemos los mártires que produjeron las «Comunidades de Castilla», las «Germanías de Valencia», el planteamiento de la «Constitución del año doce» y el cumplimiento de la de 1837. Este martirio sufrido por tantos patriotas, ese desprendimiento asombroso para las generaciones sucesivas, ese ejemplo, en fin, en que se contienen las más elocuentes lecciones históricas, no debe jamás borrarse de la memoria de los españoles que en algo estimen el sentimiento de su dignidad.

Al entonar cánticos el cristianismo y quemar perfumes en honor de tantos mártires, hijos suyos, como han fecundado el suelo de la Europa, del Asia, del África, de la América y de la Australia, presentándolos á la veneración del pueblo para que imite y siga las huellas de virtud ó de ciencia que le dejaron trazadas, no hace más que continuar el impulso del sentimiento marcado por el heroísmo.

Catón, Scevola, Régulo y otros personajes tienen sus nombres en las páginas de los héroes.

La Historia habla de los «mártires de la libertad», presentando al pueblo sus nombres, su elevada, su heroica conducta política, como digno ejemplo que seguir y como provechosa lección que aprender. Porque si la figura del Cardinal Cisneros parece como que se agranda al ponerla en parangón con la de Carlos V al tiempo de su llegada á España, rodeado de tanto hambriero flamenco como lo acompañaba, deseosos del botín que en nuestro suelo creían hallar y que en realidad encontraron, así

también y de la misma manera aparecen en toda su realidad los grandes hechos, los heroicos sacrificios de aquellos mártires, considerando que en vez de someterse como bestias á la tiranía y á la ambición de Carlos y á la rapacidad de sus flamencos, se alzaban públicamente en defensa de las libertades del pueblo y de los fueros nacionales de España, en la misma forma que se habían alzado sus gloriosos antepasados con el yugo de los mahometanos aclamando la nacionalidad española.

Por espacio de muchos años nuestro pueblo ha estado sujeto á la influencia clérical, dominado por el despotismo más cruel, que fundaba todo su apoyo en la ignorancia de las masas, privadas cuidadosamente de toda instrucción: nuestro pueblo ha pasado por grandes vicisitudes, ha hecho grandes esfuerzos para conquistar su libertad guiado por hombres eminentes que sufrieron terribles persecuciones ó que pagaron con sus vidas su patriótico arrojo. Varios siglos de opresión y tiranía, varios siglos de despotismo y de absurda compresión, durante los cuales se causaron tantas y tan ilustres víctimas; varios siglos en que la razón política fué la conveniencia del favoritismo; la razón social el encumbramiento de la aristocracia, dominada á su vez por la teocracia, y la razón social el terrible lema de «creer ó morir», no podían menos de producir mártires cuya sangre fuera el germen de una doctrina que el tiempo se encargaría de desarrollar.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de los verdugos, é impotentes los medios sangrientos de que se valieron para ahogar el sentimiento del patriotismo; pues cansados de hacer víctimas y llegado el día que la Providencia tenía destinado para su confusión y oprobio, tuvieron que reconocer, por fin, que la sangre de los mártires es el alimento de las ideas, que la glorificación de éstos es el martirio político, y que cuando se va contra el torrente de la opinión lenta, pero seguramente formada, nada vale la fuerza.

LEÓN FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

Ilustración Militar

Parada y desfile

Un testamento otorgó
D. Francisco de Lugones
y su capital dejó
para misas y sermones.

Luego enfermó gravemente,
y de este punto á partir,
ya la eclesiástica gente
no le dejaba vivir.

Sin corteses composturas,
del enfermo en la morada
monjas y frailes y curas
hacían la *Gran Parada*,
y armas presentaban de
erucifijos y rosarios,
estampitas de la *Fe*,
medallas y escapularios.

Mas con tanto fastidiar,
al enfermo, que era listo,
acabó por renegar
de los soldados de Cristo,
y una tarde en que logró
quedarse solo un momento
el sentido revocó
de su primer testamento,
dejando su capital
en la otra disposición
para hacer un hospital
sin misas y sin sermón.

Y entonces aquella gente
recogiendo sus trebejos,
desfiló más listamente
que en la caza los conejos.

¡Ventajosísimo acto
que tuvo la gran virtud
de devolverle *ipso facto*
al enfermo la salud!

MARCELIANO RIVERA

La algarada poética

A la gran prensa de Madrid le ha dado por forzar el renacimiento poético, lanzando á la circulación cuantos versificadores noveles halla á mano.

La prensa menuda fué siempre generosa con el principiante. La poderosa, siempre ó casi siempre le fué hostil, sobre todo al principiante que escribe en renglones cortos. Hay una muchedumbre de cosas que lo explican y de cuyo examen no saldrían bien paradas la prensa grande ni la prensa chica, pero no son de este momento.

El caso es que los periódicos de gran circulación, inflamados en súbito amor á la adolescencia literaria ó faltos de atractivos que adornen sus páginas en esta larga hora de ñoñez política, se han arrojado á reclutar poetas inéditos, y los amparan y los miman y hasta los exhiben con inusitada aparatosisidad tipográfica.

No todos los vates que se acogen á este indulto son jóvenes ignorados. También están aprovechándose de la ocasión algunos viejos delincuentes del Arte poético en cuyo estro se advierte á la primera ojeada los estragos del reuma. Pero lo mismo da. Posados en las hojas de los periódicos cantan á una y no es fácil distinguir entre el confuso rumor los vagidos de las toses.

El caso es que no basta que los periódicos intenten hacer poetas. Al contrario; ese noble propósito va á ocasionar un grave daño, casi una enfermedad social: el desenfreno de la versomanía, con todas sus calamidades anejas. Es necesario que el poeta surja por sí solo, sin cultivo periodístico; y luego, que en el país haya cierta predisposición á recibirle bien. Y el poeta no surge, ni la predisposición existe.

Es decir, la predisposición... Todo cuanto se ha dicho del prosaísmo de nuestro siglo es una falsa apreciación. ¡Apenas trizan estrofas maravillosas los aeroplanos en el aire y los buques en el mar! ¡Flojo poema vibra en los hilos del teléfono! ¡Menuda alegría escriben en la

arena del camino los cansados pies del emigrante que se dirige al puerto! Y no digamos de los romances picarescos que bullen en la *Gaceta* una línea sí y otra línea no!

Cuando amanezca el poeta digno de tan grandes cosas—exceptuando la última, que se canta ella solita,—le bastará traducir al lenguaje de los hombres lo que ellas dicen incomparablemente en el suyo. Y no hará falta que los periódicos se animen ni mucho menos que publiquen su retrato, porque de los grandes adelantos modernos, el único que se ha hecho incompatible con la poesía y hasta con el buen gusto es la fotografía periodística.

Quiero decir con todo esto, que si el poeta falta, la predisposición, en realidad, existe. Lo que pasa es que la predisposición no es aquella misma de nuestros abuelos, ávidos, los pobres señores, de melodías de Grillo. Hoy la predisposición consiste en esperar que alguien escriba en versos armoniosos la epopeya que todos llevamos en la retina.

Los tiempos en que Pope hacía llorar á las inglesas con las desventuras de «un bucle robado», pasaron, ¡ay!, para no volver.

Y conste que ese ¡ay! es de pura satisfacción.

FELIX LORENZO

Circular de la Federación Internacional del Libre Pensamiento

A los grupos racionalistas.—A los espíritus de todos los países, que aman la libertad.

El Consejo General de la Federación Internacional pide vuestra ayuda para la defensa de la libertad de conciencia, combatida á cada momento en la mayoría de los países. Una serie de hechos recientes han colocado esta cuestión en primera categoría.

Hace dos meses os denunciábamos las persecuciones efectuadas contra los libre-pensadores de Bohemia (Austria), mientras que en Rusia el asunto Beilis, resucitando la antigua calumnia de los crímenes rituales, ha recordado los días más sombríos de la Edad Media. En Prusia y en parte del resto de Alemania, la instrucción religiosa es obligatoria para los hijos de los disidentes. En España, ¿no se ha condenado á seis meses de arresto—el indulto en nada cambia la injusticia hecha—á un coronel protestante, por rehusar asistir á la misa del Espíritu Santo? En Bélgica se ha impuesto á un soldado ocho días de arresto por rehusar presentar las armas al «Santo Sacramento». Y hasta en la liberal Inglaterra se condena por blasfemia á cuatro meses de trabajos forzados.

Pero en Hungría principalmente el fanatismo se muestra en todo su salvajismo.

El año último, los habitantes de varias aldeas rutenias del distrito de Marmarosch Cziget abandonaron la religión griega unida para volver á la ortodoxia; que habían practicado sus antepasados antes que los jesuitas lograran con sus procedimientos acostumbrados astucia y coacción—ligarlos de nuevo por este medio al catolicismo.

El fanatismo clerical no podía tolerar tal abandono y se ha visto lo que no podía suponerse, repetirse en el siglo xx las dragonadas del xvii. Se han alojado en las aldeas de los que habían abandonado la religión griega-unida, tropas que han hecho sufrir á los habitantes toda clase de vejámenes y los han dejado en la miseria, de tal modo que en Mayo último 9.000 de ellos, según informa el periódico *Pesti Hirlap*, no viendo otra esperanza de salvación, volvieron á la iglesia griega-unida. Contra los más obstinados se han dirigido persecuciones por crimen de traición al Estado, y doscientos de aquellos infelices hombres y mujeres han ido á la cárcel, acusados de conspirar por la anexión de su país á Rusia. Ninguna prueba ha llevado consigo la acusación, pero para cubrir la forma ante el extranjero, el gobierno húngaro ha tenido el descaro de hacer llegar á toda la prensa europea informes mentirosos, presentando citas falsas del órgano de los disidentes *Russkaja Pravda*.

La acusación se ha comenzado contra una centena de presos. Entretanto ha muerto una mujer, y han enloquecido cuatro hombres. Actualmente se está celebrando la vista de la causa contra los supervivientes.

Estos hechos y otros muchos, más ó menos graves, prueban lo necesario que es, que todos los hombres de corazón, todos los espíritus progresivos, se unan para conseguir que, tanto en las costumbres como en las leyes, rijan sin discusión el principio de la libertad de pensamiento, de palabra y de conciencia, la conquista más hermosa del espíritu moderno; conquista que, desgraciadamente, no ha terminado todavía.

Bruselas 28 de Enero de 1914.

El Comité Permanente.

Traducido de la revista esperantista *Libera Penso*.

Nota curiosa

En la mayor parte de los monasterios y más particularmente en los de capuchinos y reformados, comienza por Navidad una serie de fiestas que no terminan hasta Carnaval, y en ellas se entregan los monjes á toda clase de juegos y diversiones, celebran suntuosos banquetes y acuden al refectorio gran número de vecinos si está el convento enclavado en una población de segundo orden.

Por Carnaval son todavía más espléndidos los festines, en cuyas mesas parece que la abundancia hubiese derramado cumplidamente su cuerno, á pesar de que

ambas órdenes son mendicantes. Al sombrío silencio del claustro sucede entonces el bullicioso jolgorio del festín, y en las tétricas bóvedas resuenan cantos muy distintos de la salmodia. Termina la fiesta con un animado baile, en que para demostrar sin duda cómo el voto de castidad ha desarraigado en todos ellos todo apetito carnal, se presentan vestidos de mujer los monjes más jóvenes, y los demás en traje de caballero seglar. No podría por menos de repugnar al lector la escandalosa escena que á todo esto sigue. Baste decir que con frecuencia he sido espectador de semejantes saturnales.

Niccolini.—*Historia de los jesuitas*, 43 y 44, nota.

ARTÍCULOS FIAMBRES

Cansancio

Lo voy sintiendo. Si llego á sospechar que tenía que insistir tanto para convencer á todos de que es preciso ir á la unión, con los jefes ó sin los jefes, á buen seguro que no me hubiese metido á quijote.

La verdad es una venerable señora, digna de todos los respetos, pero bastante fea; mientras que la mentira ¡es tan hermosa, tan simpática!...

Hoy, que he visto la verdad, echo de menos el tiempo pasado; y á no ser porque no encajan en mis años ni en mi experiencia ciertas ideas, exclamaría con el poeta:

Y nunca olvido

el dulce tiempo que viví engañado,
que es el único tiempo que he vivido.

¿A qué este exordio? A preparar á mis lectores para una noticia. El presente será el último número que consagre entero á la campaña que vengo sosteniendo, á intervalos durante once años, y sin interrupción de catorce meses acá. ¡Catorce meses! No duró tantos la República.

Y lanzada la noticia, daré una breve explicación de mi conducta á los que me han seguido hasta aquí.

Yo era revolucionario por convicción pero no había conspirado nunca. Nadie me había buscado, y como tengo la idea de que para esas empresas no debe uno ofrecerse, como tampoco puede excusarse si lo solicitan, no me había ofrecido.

Buscaba un hombre: creí encontrarlo en el Sr. Ruiz Zorrilla, y lo dije, le serví, lo elogí, y lo defendí. ¿Cómo? Que se le pregunten á él, y sabrán que con más constancia y desinterés que nadie.

Una vez entendido con el Sr. Ruiz Zorrilla, comencé á ver claro: ni iba á ninguna parte ni podía ir. Su resistencia á que el pueblo secundara los movimientos, y más que esto, la oferta de dos empleos á los jefes y oficiales del ejército, que retrajo á muchos de verdaderas convicciones republicanas, le imposibilitaban para toda acción importante.

Quedé anonadado: todas mis campañas en favor suyo se me venían encima: tenía que borrar lo escrito. Fué un golpe rudo aquel.

Sin embargo, continué trabajando. Si el jefe revolucionario no me satisfacía, los que lo secundaban suplirían sus deficiencias. Pero ¡ay! que un nuevo desengaño me aguardaba.

Alejado de los círculos políticos por tener que dedicar al trabajo más horas que la generalidad, jamás asistí á ningún club, ni pertenezco á ningún comité, ni hablé en ningún mitin. Enemigo de la exhibición y bien hallado con el aislamiento, he hecho constantemente política propia, quizás algo romántica, por dejarme llevar de mis impresiones sin tener para nada en cuenta la época en que vivimos ni el estado de postración en que estamos.

Confieso mi inocencia: oía hablar de los sacrificios de Fulano, y aun cuando ignoraba cuáles habían sido, los daba por realizados. Me encarecían el valor de Zutano, y aunque no sabía dónde lo había acreditado, me complacía en reconocerlo. Algunas veces, al pensar que en los movimientos únicamente habían intervenido militares, me asaltaban ciertas dudas, pero pronto se desvanecían. Más tarde, cuando los conocí personalmente, pude comprender que no estuvieron en ninguna parte, á pesar de que cada uno, según su leal saber y entender, había sido el que ayudó á levantar el caballo del general Pierrard.

La casualidad me colocó algo después en situación apropiada para estudiar de cerca la marcha revolucionaria, y cada hora me traía una decepción nueva ó me quitaba una esperanza consoladora. No era aquello lo que yo había soñado. El troquel, esto es, la idea, resultaba buena: el metal esto es, los hombres, de baja ley.

Pero ni aun esto me hizo desistir. Era preciso llegar hasta el fin; las revoluciones no se hacen con arzobispos, y hay ocasiones en que un hombre irregular vale por cien correctos. Y seguí adelante hasta que me convencí de que con los hombres y los procedimientos puestos en juego no había medio de llegar. Los procedimientos eran primitivos, y los hombres tenían por lo general el defecto peor para conspirar: eran cándidos. No creían en los milagros, y realizaban uno de tal magnitud, que me río yo del de la multiplicación de los panes y los peces: un soldado representaba para ellos un regimiento; un teniente de reemplazo, una división; un brigadier de cuartel, el ejército entero.

Esto, más que cómico, era triste: entre aquellos hombres había algunos que creían de buena fe cuanto aseguraban; la costumbre, el medio en que vivían, el deseo de que viniera la República, les impedía ver claro; infelices que juzgaban hacederos sus descabellados planes, porque á su vez confiaban en otros hombres que les hacían maravillosos ofrecimientos, y que se hubieran sacrificado inútilmente si dan con alguno poco escrupuloso en lo de comprometer la libertad ó la vida de los demás.

Mi situación era difícil. Estaba convencido de que por aquel camino era imposible llegar, pero, ¿qué hacer? ¿Callar, contribuyendo así á mantener engañado al partido republicano? Hubiera sido indigno de mí. ¿Hablar, para que muriesen muchas esperanzas, falsas, pero esperanzas al fin? Cerca de un año anduve perplejo, limitándome á hacer en El Motín veladas insinuaciones.

Mas lo que debía ser, fué. El paréntesis abierto por el Sr. Ruiz Zorrilla en su actitud revolucionaria y la amnistia después, cayeron como una bomba entre los republicanos, y había que destruir el mal efecto que causaron.

¿Cómo? De la única manera digna de mí: diciendo la verdad pura y prescindiendo de la frase antihigiénica «la ropa sucia se lava en casa», ya que había agotado la sú-

plica, llevado la calma hasta lo inconcebible, y no desechado transacción ni perdonado medio para que los jefes se unieran.

Perdida toda esperanza; convencido de que ninguno de los jefes quería la revolución, por más que ninguno se atreviese á declararlo; viendo que el tiempo pasaba sin aleccionarnos; observando en los de arriba miedo, en los de en medio egoísmo y en los de abajo candidez; persuadido de que en estas condiciones no era posible llegar, y si por azar llegáramos no podríamos sostenernos, me dije: «A echar abajo este andamiaje de maderos podridos, desde el cual nada firme ni duradero puede construirse. El pueblo está cansado ya de sufrir decepciones y de servir de juguete, hoy á éste, mañana á aquél.» Y como lo pensé lo hice.

Esto me ha traído disgustos sin cuento. El papel de redentor sigue teniendo, no sólo materialmente, sino también moralmente, las mismas quiebras que cuando había que arrancar las caretas á fariseos y publicanos.

Al comenzar me secundaron muchos periódicos: hoy estoy solo. Todos quieren la unión, pero en la forma y modo que la quiera su jefe respectivo y cuando éste ordene que se haga; ninguno ha opuesto razones á las que yo he dado; pero algunos han buceado en mis intenciones. He replicado cortésmente al que ha sido cortés conmigo: he excedido en dureza al que conmigo ha estado duro.

No lamento el tiempo perdido en esta labor; quizás no resulte del todo estéril. Lo único que siento es no haber conseguido lo que me propuse: la unión de los jefes y la vuelta del Sr. Ruiz Zorrilla á España, hoy más necesaria que nunca si hemos de llegar á una inteligencia franca, leal y fructífera.....

Los que al leer las anteriores líneas supusieron que estoy completamente descorazonado, se equivocarían. A pesar de cuanto he hecho y de cuanto me ha ocurrido, yo veía, y veo aun fuerzas poderosas que lanzar contra la monarquía, sino las anularan el egoísmo, la ambición y la envidia; si, á pretexto de velar por la pureza de los principios, no se negaran los hombres que están en lo alto á todo patriótico concierto; si hubiera menos aspirantes á personaje, y más desinterés y más abnegación en todos.

El día que cualquier suceso inesperado pusiera sobre el tapete la cuestión de fuerza, se vería si hay ó no hombres dispuestos á sacrificarse por la República. No serían esos que vociferan, sino los que callan; no los que bullen, sino los que están apartados de la política activa, llorando los males de la patria y lamentando la desunión que nos hace impotentes para remediarlos.

Por todo lo dicho, desde el próximo número imitaré la oposición de rúbrica que hacen á la monarquía los demás periódicos republicanos, á pesar de estar convencido de que yo la combatía mejor procurando la unión revolucionaria.

Si la unión se hace, la defenderé con la constancia que he atacado á los que se oponen á ella, siempre que sea para trabajar por la revolución; no siendo para esto, la combatiré.

Como no abandono mi campaña, sino que abro en ella un semi-paréntesis, claro es que me reservo el derecho de seguir juzgando la conducta de los jefes y de las

fracciones en la medida y forma que las circunstancias requieran.

Doy las gracias á los que me han seguido hasta aquí, no borro una palabra de cuanto he escrito, pero me propino algún descanso para poder apretar de firme luego, si preciso fuere.

Excuso añadir que me alegraría no tener que hacerlo, tanto como de que los hechos desmintiesen en absoluto los vaticinios tristes que el respeto que debo á la verdad me ha obligado á hacer. Lo he dicho antes de ahora: estoy descansando que se me convenza de que no tengo razón.

1892

Héroes anónimos

¿Quién es ese Fulano de Tal que ha sido nombrado gobernador civil de tal provincia, oficial de tal ministerio, ó que se presenta candidato á la diputación á Cortes por tal distrito?

Esto pregunta la gente cuando á raíz de un cambio político salen á plaza nombres desconocidos; y los necios, esto es, la mayoría, exclaman: «¡Pesch! ¡Unos caballeros particularss con influencia! ¡Lo de siempre! ¡Cosas de España!»

Sí, cosas de España; porque sólo aquí se da el caso de que un hombre de talento pase lo mejor de su vida escribiendo en un periódico sin adquirir renombre ni posición, para que vengan luego cuatro mentecatos á preguntar quién es. Y no se me citen los nombres de algunos que se han encumbrado por medio del periodismo; sobre ser pocos, han influido en favor suyo circunstancias ajenas del todo á su cualidad de escritores.

A los que me refiero, es á los hombres que hacen del periodismo un oficio; á esos obreros pálidos que pasan noche tras noche y año tras año sentados á la mesa de una redacción, exprimiendo su inteligencia y perdiendo su salud, para que tú, joven entusiasta, sientas latir tu corazón ante los ideales de justicia; tú, hombre de negocios, calcules las probabilidades de éxito de los que emprendas, por el estado de la situación política y económica; y tú, industrial, estudies la manera de elevarse; y para que vosotros, los oprimidos todos, tengáis la esperanza de alcanzar un día la reparación que se os debe.

¡Y cuántos sinsabores le produce su profesión! Qué juicios más erróneos se formulan sobre él... Si aplaude, por creerlo justo, el favorecido lo atribuye á su indiscutible mérito; si censura, el agraviado busca en pequeños móviles la causa. ¡Cómo si fuera posible escribir constantemente un periódico bajo el criterio estrecho de ruindades y miserias!

La prensa, contra lo que vulgarmente se cree, tiende á ensalzar antes que á deprimir, y más peca de benévola que de dura. Y esa benevolencia hace del periodista un escalón para que muchos insignificantes se encaramen á alturas que ni pudieron soñar.

Por esto, cuando á raíz de un cambio político surjan nombres desconocidos, si sabéis que son de periodistas, no creáis

que su encumbramiento compensa las penalidades de una vida consagrada á los demás; y pensad á la vez en que si hubieran aplicado á cualquier ramo de la actividad una escasa parte de la inteligencia, la perseverancia y el esfuerzo empleados en el periodismo, tendrían asegurado un porvenir; serían ricos, y por lo tanto independientes, y por lo tanto respetados. ¡Y es tan fácil ser rico!

Permanecer en la oscuridad y la pobreza sabiendo el procedimiento para elevarse y teniendo medios para imponerse; ver pasar al lado la fortuna, hermosa prostituta, sonriendo para que la sigan, y permanecer indiferentes ó hacerse los distraídos por no abjurar de principios ó de ideales acaso irrealizables en esta época, esto es lo difícil, lo inexplicable; y esto es lo que me ha movido á calificar al periodista de *héroe anónimo*, que lo tiene todo en su mano y renuncia á poseerlo por no deshonrar una profesión tan mal comprendida.

1878

Los desafíos

Ley que no ha sido derogada:

El rey

«Por quanto considerando que hasta ahora no han podido las maldiciones de la Iglesia, ni las Leyes de los Reyes mis antecesores desterrar el detestable uso de los duelos y desafíos, sin embargo de ser contrarios al Derecho natural, y ofensivos del respecto que se debe á mi Real autoridad, valiéndose los que se discurren agraviados del medio de buscar por sí la satisfacción, que debían solicitar recurriendo á mi Real persona, ó á mis Ministros, aviendo sugerido el falso concepto de honor, de ser falta de valor el no intentar ni admitir este modo de vengarse, como si la Nación española necesitase de adquirir créditos de valentía por un camino tan feo, criminal y abominable, después de tantas conquistas, sangre vertida y vidas sacrificadas á la propagación de la fe, gloria de sus Reyes, y crédito de su Patria, aunque debo esperar de la obediencia y amor de mis vasallos, y singularmente de la Nobleza, que se ajustará á esta nueva declaración de mi Real voluntad, en detestación de este delito. Por si hubiere quien se desviare de mis Reales, justas y paternales intenciones: declaro primeramente por esta inalterable Ley y Real pragmática, que el desafío, ó duelo, debe tenerse, y estimarse en todos mis reynos, por delito infame; y en consecuencia de ello, mando, que todos los que desafiaren, los que intervinieren en ellos por terceros, ó padrinos, los que llevaren carteles ó papeles con noticias de su contenido, ó recado de palabra para el mismo fin, pierdan irremisiblemente, por el mismo hecho, todos los oficios, rentas y honores que tuvieren por mi Real gracia, y sean inhábiles para tenerlos durante toda su vida.

Y si fueren caballeros de alguna de las quatro Ordenes militares, se les degrade de este honor, y se les quiten los Abitos, y si tuvieren Encomiendas, por el mismo hecho váquen, y se puedan proveer en otros; y esto demás de la pena de alevos,

y perdimiento de todos sus bienes, y establecida por mis Abuelos los Reyes don Fernando y D.^a Isabel, en la Ley 10.^a, Título 8.^o, Lib. 8.^o de la Nueva Recopilación, que mando sea observada en todo lo que por esta mi Real Pragmática no se hallase innovada.

Y aunque por el Estatuto, que tienen las Ordenes militares, se pregunta al Caballero que recibe el Abito, si ha sido rectado, y cómo se salvó del reto, por qué si lo hubiese sido, y no se hubiese salvado, le quitarían el Abito, le echarían de la Orden, y le tendrían por infame; declaro, que debe entenderse al presente como se entendió quando se impuso, y no de otra manera; esto es, que cualquier christiano, que siendo desafiado por algún Moro en defensa de la Fe, no admitiese el desafío, sea tenido por infame, sin que al referido Estatuto sea entendido en otra forma.

Y si el desafío, ó duelo llegare á tener efecto, saliendo los desafiados, ó alguno de ellos al campo, ó puesto señalado, aunque no aya riña, muerte ó herida, sean sin remisión alguna castigados con pena de muerte, y todos sus bienes confiscados, de los cuales se aplique la tercera parte á Hospitales del territorio donde se cometiera el delito...

Por tanto, mando á todos los Capitanes Generales de mis Exércitos, Gobernadores de las Armas y de Plazas, y demás Ministros Militares á quienes podrá tocar lo referido, atiendan á su más puntual y exacta observancia, y cumplimiento en la parte que respectivamente perteneciere á cada uno haciendo que á este fin se publique esta mi Real orden con toda solemnidad, para que no se alegue ignorancia, dandome cuenta de averse executado así, que tal es mi voluntad. Dada en Madrid á 19 de Febrero de 1716.—YO EL REY.»

Parentesco enrevesado

Que les digo á ustedes que tiene mucha gracia esto que refiere el *Giornale d'Italia*:

Vivía en Buenos Aires una señora muy católica, casada, que tenía una hija de quince abriles llamada Paulina; su esposo, exageradamente beato, se hallaba en Palermo enfrascado en sus negocios.

El cura D. Eugenio Mauro se introdujo en la casa y á los pocos días conquistó á la madre.

Se entera el marido, se indigna, el clérigo le propone encargarse del sustento de toda la familia si reprime su furor, y el cornelio acepta, mugiendo frases de agradecimiento.

Pasan días, y al reverendo se le hace la boca agua cada vez que contempla el gracejo de la gentil Paulina, y echándole sus redes, también la conquista.

Los vecinos, indignados de ver aquello, denuncian al cura y á la madre por corruptores de menores, y son arrestados.

Interrogado el cura por el juez, exhibe por toda disculpa un certificado donde consta su matrimonio civil con la joven-cita.

¡Un cura en activo casándose por lo civil con la hija de la mujer que antes utilizó como esposa, si bien con el consentimiento de su católico marido!

Ni entre los individuos de la raza canina se inventan parentescos tan difíciles.

Lo que no se le ocurre á un cura para descalabrar al voto de castidad, no se le ocurriría al mismo demonio.

Verdad es que como no piensan más que en eso y en los ochavos...

Asociación Española de Escritores y Artistas Noveles

Según se nos comunica ha quedado legalmente constituida en Madrid calle de Montealeón número 40 duplicado, la Asociación cuyo título encabeza estas líneas.

Trátase de una Asociación, como su mismo título lo dice, fundada exclusivamente para abrir paso á los escritores y artistas (artistas en toda la amplitud de esta palabra) por entre las dificultades «del oficio», facilitándoles el modo y los medios necesarios para que todos ellos puedan, en la medida que á cada uno les sea posible, darse á conocer.

A este fin, la Asociación tiende á constituirse en Empresa teatral en Madrid y en provincias. Fundará por lo menos un periódico y celebrará exposiciones y concursos para dar facil y ventajosa salida á los trabajos que los asociados presentaren á los respectivos Directorios que la Asociación crea.

Tanto en el teatro como en el periódico. en concursos, en exposiciones, etcétera, etc., y en el cuadro artístico que la Asociación constituya, tomarán parte solamente los literatos y artistas asociados.

La apremiante necesidad de una Asociación de esta naturaleza, que pueda favorecer á los muchos escritores y artistas noveles que hay en España, se ha sentido siempre y se manifiesta ahora de un modo claro por el número de adhesiones, que los socios fundadores á diario reciben.

Deseamos que la simpática Asociación prospere como merece. Es un trabajo digno de toda alabanza el alentar á aquellos que se hallan animados de las más nobles aspiraciones y que por dificultades, algunas veces muy de censurar, impossibilitados para dar á conocer lo que valen.

Cuantos deseen pertenecer á la nueva Asociación, lo solicitarán por escrito al Secretario General de la misma, en el domicilio social antes dicho.

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

“Milagros comentados”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

Las indulgencias

por

ROBERTO ROBERT

país de la cristiandad católica y papista se hacía circular, reducidos los precios á su respectivo sistema monetario.

No había hombre á quien le faltase el auxilio de un buen religioso para enterarle de cuánto le costaría entrar en el cielo.

Si no se establecieron sucursales de iglesias, es decir, tiendas como las actuales casas de cambio de monedas que con un pequeño descuento entregasen perdones de pecados por sus equivalentes sumas metálicas, fué porque la casa del Papa prefirió entenderse directamente con los interesados, los cuales además, recibiendo así el importe de sus monedas, tenían la certeza de que se llevaban género escogido; quiero decir, perdones verdaderos y eficaces, y no imitaciones ni cosa adulterada.

¡Green haber inventado algo esos productores de perfumería ó quincalla al por mayor que á todas partes de Europa envían sus dependientes con muestras y notas de precios!

Pues nada, ni esto han inventado; que ya el pontífice Bonifacio IX envió en su tiempo agentes suyos á diversos reinos para que pregonasen las indulgencias y ponderasen en varios idiomas su solidez, elegancia y baratura.

Y así como hay gente que vive en España ó en Francia y tiene su caudal en el Banco de Londres, entonces se tenía en el Banco ó cosa así de Roma, que con talones indulgenciarios saldaba con los fieles.

Bonifacio IX fué un bienhechor de la frágil humanidad. Sus agentes llegaron á ofrecer el perdón de los pecados por dinero solo, sin necesidad de penitencia alguna, y el escritor católico Teodoro de Niem escribe con cierto asombro que él mismo se lo oyó predicar así. «*Me audiente, publicé proædicarunt,*» dice, y razón tenía para admirarse, porque jamás se había vendido más barato el pie de terreno del paraíso, sin contar con que al que tomaba al por mayor, se le hacía una gran rebaja.

Dicen algunos escritores que la Iglesia jamás aprobó que se falsease la verdadera naturaleza de la indulgencia; pero no consta que jamás la Iglesia devolviese un solo real á los que hubiesen comprado creyendo que con dinero bastaba para alcanzar el perdón. Luego la

Iglesia creyó poseer aquel dinero con justo título; luego la compra era válida.

El famoso Tetzel, de quien no habrán oído hablar la mayor parte de mis lectores, pero que fué un teólogo de carne y hueso, se entusiasmó con las indulgencias y andaba por el mundo predicando que el Papa tenía más poder que los apóstoles, más que los santos y más que la Virgen María.

Creo que había quizá un leve error en esas afirmaciones: no lo sé de cierto ni creo que lo sabré nunca, porque para afirmar algo sobre el particular tendría que enterarme detenidamente del podet que tuvieron todos los individuos citados, y no puedo dedicarme á ese estudio, porque los ratos que tengo libres los dedico á escribir libritos para los cuales no me son necesarios esos conocimientos; pero iba yo al decir que ese Tetzel aseguró en sus predicaciones que la indulgencia borraba los pecados más enormes; que el sumo pontífice podía salvar á todo pecador, «aunque hubiese violado á la Santísima Virgen,» y no tuviese contrición ni arrepentimiento alguno. Y el mismo Ttzel, después de ponderar así las ventajas de las indulgencias, las vendía con aplicación á los futuros, por cuyo piadoso medio procuyó algunos capitales á la pobre Iglesia, siempre llena de tribulaciones por falta de recursos.

Ahora hago, como ve el lector, una pausa, para decir que sé de algunas personas que se figuran ser invenciones ó exageraciones más ciertos hechos verdicos de que doy cuenta en este libro y en *Los Cachibaches de Antaño*.

A cuyas personas debo advertir que las noticias que doy en mis libros son todas históricas; que no porque yo use tono ligero, festivo ó burlón, debo ser menos creído que otros; que puedo comprobar con la historia todas mis citas, y que por ejemplo, si alguno creyese invención mía irrespetuosa lo que digo de Tetzel sobre el que violare á la Santísima Virgen, lo hallará atestiguado en el segundo tomo de la obra de Giessler, pág. 4, párrafo 147, nota 2, si no me engaño.

Y ahora kago otra pausa para advertir que me gusta ser creído bajo mi palabra, y sólo cuando á mí me parezca bien citaré los autores de donde tomé mis noticias; y no me importará nada que dejen de leer y comprar mis libros los que no tengan de mí veracidad el concepto que me cuesta mucho dinero haber merecido.

Pues señor, volvamos á las indulgencias.

Allá por el siglo XI San Damián se lamentaba de que la conmutación de las penitencias en dinero tenía perdida la disciplina de la Iglesia.

Muy respetable es la opinión de San

Damián y mucho sabía el santo, pero n^o lo sabía todo.

El santo ignoraba (dicho sea con el debido respeto) que algún día, tal como hoy, tendríamos que quejarnos de que los liberales habían despojado á la Iglesia de sus inmensos bienes, adquiridos sobre todo en los buenos tiempos; y si allá en el siglo XI la Iglesia no hubiese convertido en dinero todos los tesoros espirituales de que disponía, ¿serían buenos los tiempos aquellos, no podríamos hoy exhalar las amargas y profetizadas lamentaciones del despojo?

Y ahora viene el chasco para el lego.

Cuando San Damián se quejaba, todavía no se habían puesto de venta las indulgencias. ¿Conque qué habría dicho si llega á nacer algún tiempo después?

Sin duda Dios, conociendo el carácter que había de tener, le hizo nacer antes para no verle morir desesperado con el espectáculo de cosas que no habría podido llevar resignadamente.

A propósito: parecen acumuladas para mí una porción de líneas relativamente á indulgencias, líneas que ahora mismo excitan mi curiosidad, y quiero compartir con el lector benévolo el placer que me causa su lectura, á cuyo fin ahora mismo se las voy á poner ante los ojos.

Ya empiezo.

Un trovador dice en sus bellos cantos, con aquella naturalidad embelesadora de la época (siglo XIII), que quebrantará el juramento hecho en nombre de Dios, y añade que no se ha de condenar por eso, pues en seguida se irá á ganar perdones á Siria.

El abad de Usperg confirma el testimonio del poeta y afirma que se oía decir á los mayores criminales: «Yo cometeré cuantos crímenes quiera y después tomaré la cruz, con lo cual no sólo seré absuelto de mis pecados, sino que aún me sobrarán indulgencias para otros pecadores.»

El impío Voltaire dice que la tarifa de perdones (?) descubrió infamias más ridículas y odiosas que todo cuanto se refiera de los groseros engaños de los sacerdotes antiguos.

No fué Voltaire solo, fueron muchos los que en todas épocas se rebelaron contra la teoría de las indulgencias; pero Dios mostró la sinrazón con que aquellos procedían, y cuanto más les oía chillar, mayor era la venta de perdones.

Valdenses y albigenses se distinguieron en esa guerra feroz á la supremacía espiritual y á los sagrados caudales del sacerdocio.

«No es el sacerdote, decían, sino Dios
(Continuad)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID